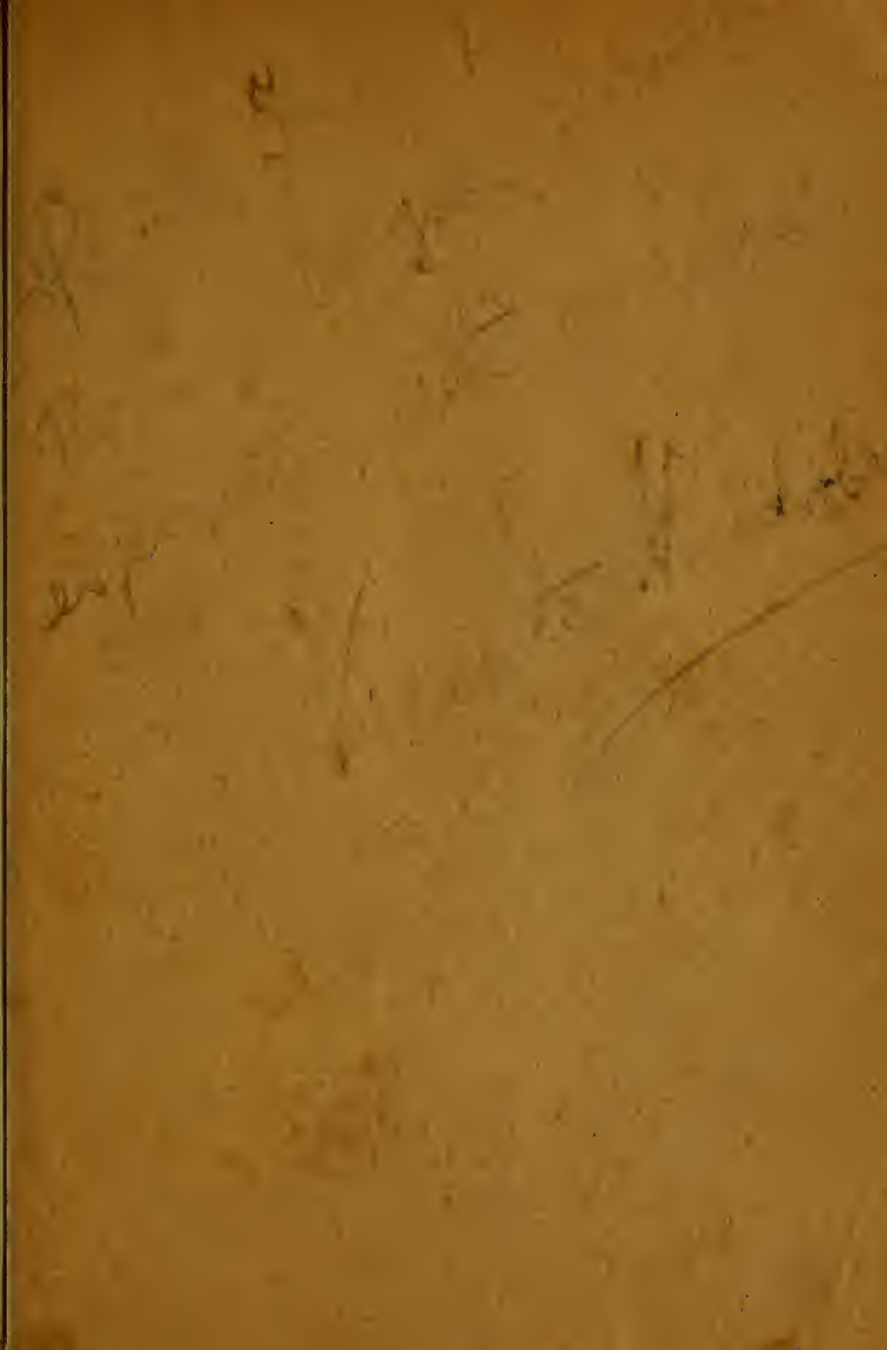






... Fernandez por su ...
espíritu, este recuerdo.

Vicente Huidobro.



LAS PAGODAS OCULTAS

OBRAS DEL AUTOR

Ecos del Alma.—Versos.
Canciones en la Noche.—Poesías.
Pasando y Pasando.—Crónicas y comentarios.
La Gruta del Silencio.—Poesías.
Las Pagodas Ocultas.—Salmos, poemas, parábolas y ensayos.

Proximamente

El Canto Imperceptible.—Poesías.

VICENTE HUIDOBRO

LAS PAGODAS OCULTAS

(SALMOS, POEMAS EN PROSA, ENSAYOS Y PARÁBOLAS)



IMPRENTA UNIVERSITARIA
Bandera 130—SANTIAGO

A la Hermana de mi espíritu, que cuando hablo toma la actitud de los niños que escuchan una leyenda milagrosa.

V. H.

LAS PAGODAS OCULTAS

LAS PAGODAS OCULTAS

¡Oh Alma mía! recógete en tí misma y no busques más los enigmas de la vida en medio del bullicio, ven al Silencio.

Las almas son Pagodas Ocultas y misteriosas cuya soledad está llena de mundos y tiene extrañas resonancias.

Son Pagodas Ocultas en las cuales hay gestos muy pequeños, apenas perceptibles, pero que están por sobre todos los que aparecen grandes a la mente. Sobre las pasiones más fuertes de la vida estos gestos se muestran y se agitan y son anunciaciones de cosas superiores.

Alma mía, penetra sin miedo en la Divina Pagoda, la luz de la luna que entra por la puerta te acompañará algunos pasos; donde termina su dominio detente, medita sobre todo lo que has visto y luego pasa la línea a la obscuridad completa, pronto tus ojos se acostumbrarán a ella.

La Pagoda Oculta está llena de una dulce Harmonía y sentirás tus sentidos nadando en una embriaguez infinita.

Mis ojos han cegado mirando en vano la obscuridad de la luz y por eso buscan ahora la luz de la obscuridad.

Mis pies están cansados de recorrer otros senderos.

Ven, Alma mía, ya hemos dado: El Sendero de Seda es el único que lleva a la Pagoda Oculta.

Pero antes escucha:

Para poder llegar a la gran Pagoda tu frente ha de ponerse pálida de meditación.

Tus ojos han de ponerse luminosos de ternura.

Has de cubrir tus oídos con tu manto para no sentir ningún ruido externo sino el delicioso canto interior que es semejante a esos ruidos de la noche que se escuchan en las montañas.

Has de amar a la Naturaleza con un deslumbramiento fervoroso y has de estar siempre dispuesta a los más grandes estupores.

Busca siempre el verdadero sentido de todo. El sentido de los árboles, del río y del fuego, el sentido de las montañas y de la noche, el sentido de la tierra y del aire, del amor y del dolor.

Tú, Alma mía, has de estar en contacto con el alma de las cosas, has de llegar a sus últimas raíces.

Pon en todo, alma mía, un apasionamiento tuyo y verás cuantas cosas has de sorprender.

Pero que ese apasionamiento no turbe tu paz, debes estar siempre tranquila, nadando en una dulzura inefable, llena de un santo arrobamiento, como esas grandes flores que flotan a todo sol en medio de los lagos serenos.

Alma mía, busca el sendero de seda que va por dentro de tí misma.

Busca el aislamiento.

Y qué fácil es si ya estás convencida de la vaciedad de todo.

Qué fácil es si te das cuenta que este deseo de plenitud absoluta, que es lo que te hace infinita, no lo has de lograr jamás.

Cuando hayas saboreado todos los placeres y gustado todos los encantos y te preguntes ¿estás contenta? Tú misma te responderás de lo más hondo: Aun nó.

Cuando hayas dominado todas las ciencias y te preguntes ¿Estás contenta? Te responderás tú misma llena de dolor y desencanto: Aun nó.

Cuando hayas logrado todos los éxitos apetecibles, todos tus anhelos y te preguntes ¿Estás contenta? Tú misma te responderás desesperada y trágica: Aun nó.

Aun nó. Falta algo. Aun nó y siempre aun

nó. Nada puede hacernos feliz. Ningún abrazo puede sujetar para siempre nuestros anhelos imprecisos, ningún amor puede aislarnos hasta el punto de hacernos olvidar de todo, ningún acto grande y bondadoso nos liberta de esta inquietud desesperante y cuando nuestra cabeza reposa sobre un seno amado, está quizás, pensando en otro seno.

No podemos prolongar ningún instante medianamente dichoso, y si pudiéramos, seguramente nos daría con el hastío un latigazo en medio de la cara.

Alma mía, si quieres lograr la plenitud, busca el sendero de seda y penetra en la Pagoda Oculta.

Alma mía, si quieres lograr la plenitud, sumérgete en tí misma.

MIS PALABRAS

Le llamaron loco y el Poeta respondió:

Al escribir ya sabía que mis palabras no eran para vosotros.

Mi espíritu ha presentido el advenimiento de la luz. La claridad sonora que ha de envolverme se acerca ya.

Mi carne abolida por la fuerza de mi alma, siente los estertores de la agonía y tiembla como una llama próxima a extinguirse.

Todo esto te lo debo a tí ¡Oh fructífero Silencio! Oh Meditacion fecundadora! que en mi cerebro habéis padecido una larga paciencia de huevecillo.

El Misterio siempre tuvo para mí la cariñosa invitación de las puertas abiertas que parecen decirnos: Pase Ud. primero.

Por eso no podéis entenderme.

Ya no hay puertas cerradas para mi espíritu, porque ya poseo la suave tristeza llena de bondad de los profundos.

EL POETA DIJO UNA TARDE LOS SALMOS DEL ÁRBOL

Árbol, hermano mío, mi corazón te ama porque lo llenas de natural frescura y de sabia bondad y porque eres doloroso como mi corazón.

Árbol, mi cerebro te ama porque eres escala para todos sus ensueños y camino para dominar los panoramas. Mi cerebro te ama porque eres el libro de hojas infinitas siempre renovadas y porque en cada una de tus hojas hay un poema exquisito para él.

Árbol, mi espíritu te ama porque tú eres como mi espíritu un sondeador infatigable por-

que como él amas todo lo profundo: sondeas con tus raíces las profundidades de la tierra y sondeas con tus ramas las profundidades del cielo.

Mi espíritu te ama porque creces mas hacia arriba que hacia abajo, porque tus ramas son como brazos que quisieran asirse de algo en el espacio para despegarse de la tierra.

Árbol, mis ojos aman tu cabellera verde porque mi vista descansa en ella como un pastor bajo su sombra. Mis ojos te aman porque eres para ellos un asiento en medio de la tarde, porque eres para ellos una fuente límpida en medio del calor del día.

Mis ojos aman el crepúsculo de los duraznos en flor.

¡Oh Árbol Milagroso, eres el compendio del paisaje y el resumen del silencio de la tarde!

Árbol, mis oídos te aman porque como tú gustan del canto de los pájaros y porque saben que tú en las mañanas de sol eres todo sonoro como una caja de música y porque mis

oídos quisieran estar floridos de canciones como tú.

¡Ah Hermanos, ellos saben que la divina Harmonía pone de seda el espíritu, endulza el lenguaje y alumbra los ojos!

Árbol, mi boca te ama porque como tus hojas tiene anhelos de beber rocío y aguas puras y naturales, porque mi boca tiene ansias de besarte todo.

Mi boca te ama porque en medio de la tierra te yergues anhelante como una copa que aguardara el fresco licor de las nubes.

Y por eso tus ramas siempre están en la actitud de las manos que esperan una dádiva.

Árbol, mi cuello te ama porque así como el tuyo tiene el doloroso presentimiento del hacha del leñañor, así el mío tiene el presentimiento de la güadaña inevitable.

Árbol, mis manos te aman, porque tienes para ellas suavidades de terciopelo y porque ellas saben bendecir como tus hojas al ser movidas por el viento y porque mis manos sa-

ben juntarse para orar como tus hojas por la noche.

¡Oh, el encanto de tus hojas que son suaves y tremantes como el ala de los pájaros!

Árbol, mis pies te aman porque como tus raíces quisieran estar en comunicación directa con la tierra; mis pies te aman porque como tus raíces quisieran hacerse camino para llevar a mi cuerpo todos los fluidos benéficos que la tierra esconde en sus entrañas.

Yo sé que tus raíces ansían el beso del agua fresca, como los pies del hombre fatigado por la marcha ansían el agua espumosa de las playas.

Árbol, mi sangre te ama porque quisiera ser fuerte y sana como la tuya, porque quisiera correr pródiga y fácil a través de la red de mis arterias, como tu savia a través de tu tronco y de tus brazos.

Y he ahí, ¡oh Arbol Milagroso, que desde que te miro y te comprendo, mi sangre es más rica y está purificada!

Árbol, mi frente te ama porque es orgullosa y pura como tu cima, porque es desafiadora de las tempestades como ella y porque mi frente sabe sorberse la luz del día y envolverse en el silencio de la noche como la tuya. Mi frente te ama porque, como la tuya, se abre para hacerse receptáculo de la claridad de la luna que se entreteje en tus cabellos blandos.

¡Oh la belleza inaudita de los Silencios llenos de Luna!

Árbol, mi carne te ama porque eres como una hidra de cien tentáculos ansiosa de beber toda la sangre de las nubes.

Árbol, mi Meditación te ama porque eres propicio a ella, porque eres su mejor asilo, porque con tus ramas le haces un muro de Soledad y la envuelves en Silencio.

Mi meditación te ama porque bajo tu sombra germina como el huevecillo bajo las tibias alas maternales.

Mi meditación te ama porque tu corteza es santa y bíblica como la del pan y porque es

un escudo que aisla del vulgo tu riqueza interior.

Árbol de Primavera, Arbol que cantas el himno de los presentimientos gloriosos, Arbol todo lleno de brotes, tienes la dulzura de las madres recién fecundadas e infundes el respeto de los seres que llevan un ser dentro de su ser.

Árbol de Primavera, yo te amo porque amo la pureza de todo lo que nace, porque yo también necesito del sol para que broten mis ideas y florezco como tú sin saber por que florezco.

Árbol de Estío, Árbol que cantas el himno de la plenitud y que estás lleno de frutos, eres como un cielo cuajado de estrellas, eres como una águila con las alas abiertas cobijando a sus polluelos.

Árbol de Estío, yo te amo porque la suavidad de tu fruta vivifica, porque tu sombra es como un palio de frescura para el hombre sudoroso; yo te amo porque eres desordenado y vigoroso en tu florecer como los cerebros fuertes y jóvenes.

Árbol de Otoño, Árbol vestido de amarillo, tu vestuario semeja una cota de bronce y tu himno es el himno de los presentimientos dolorosos. Eres como el hombre maduro que vierte por doquier las ideas que adquirió en el desarrollo de su ser.

Árbol de Otoño, yo te amo porque amo la pureza de todo lo que muere, yo te amo porque dejas caer las hojas de tus ramas blandamente sobre la tierra como caían las bendiciones de las manos de Cristo sobre los enfermos.

Árbol de Otoño, te amo porque amo la caridad callada.

Árbol de Invierno, Árbol que cantas el himno de las desolaciones y que el viento ha dejado sin hojas, eres como un abuelo ciego, cansado y tiritón al cual la experiencia ha dejado sin ilusiones y sin esperanzas, eres como un abuelo al que la vida ha arrugado la frente.

Árbol de Invierno, en medio del paisaje melancólico eres una plegaria de melancolía que se levanta a Dios.

Árbol de Invierno, en medio del paisaje pa-

reces una escoba vieja. Y he ahí que por eso yo te amo: porque eres algo muerto que recuerda.

Arbol ensimismado en la contemplación de su propia maravilla y que al saberse grande y fuerte se siente invadido de una dulce serenidad.

Arbol altivo que parece una amenaza al cielo se yergue soberbio y al sentir su frente sola en medio del espacio envuelta de azul y de aire puro se estremece de dulzura.

Arbol solitario, eres como un ciego que se quedara solo en medio de la noche ebrio de cielo y de vacío.

Eres el símbolo de la fuerza porque en medio de los campos pareces un brazo caído de la altura con la mano crispada de tus raíces aferradas en la tierra.

Hermano Arbol, yo te amo. Yo te amo. Oh castaño duro y grueso, Oh Sicomoro fuer-

te y caprichoso, Oh Higuera de las ramas retorcidas.

¡Oh Almendro que en la tarde te estremeces de trinos y rumores y todo lleno de florecillas blancas, pareces un abuelo encanecido.

¡Oh Castaño, hermano mío, yo te amo porque diste sombra y reposo a las meditaciones de Boudha!

¡Oh Sicomoro, hermano mío, yo te amo porque diste sombra y reposo a las legislaciones de Moisés!

¡Y sobre todo a tí, Oh Higuera, Hermana mía, yo te amo porque diste sombra y reposo a las dulces parábolas de Cristo!

Árbol-Árbol, Hermano, yo te amo porque eres meditabundo y silencioso como yo y porque eres como una Pagoda para mi culto a la Naturaleza.

EL RÍO

El oído percibe a lo lejos el rodar de las piedras en el fondo del agua.

Camino más ligero por el medio del bosque y por entre los últimos árboles, mis ojos divisan el río y parecen ponerse más cristalinos como si ya se hubieran sumergido en sus aguas.

Todo mi cuerpo y mi espíritu, mis nervios y mi sangre parecen exclamar a un tiempo mismo llenos de entusiasmo: el Río.

Y me siento invadido de una dulzura infinita.

El sordo sonar del río en medio de la llanura y de los bosques y frente a las monta-

ñas, es el latido majestuoso de Dios en la naturaleza.

Es solo semejante al ruido de la noche.

¡Oh Padre Río que te alargas indefinidamente como un deseo, yo te amo porque eres todopoderoso y todo sereno!

Pareces un brazo que se alarga para hacer eterna una despedida.

Yo te amo ¡Oh Río! porque traes en tus aguas la visión de las grutas misteriosas, los secretos de las cavernas, la inquietud de las cascadas y la serenidad de las cumbres.

Tú, Río, que traes flotando entre tus aguas las rosas y los helechos lejanos, dime: ¿qué cosa en el horizonte quiere coger tu brazo que se alarga ansiosamente?

Tú que arrastras la visión de los cielos más puros, tú que has visto copiarse en tus aguas el rostro de la hermana de mi espíritu y sus ojos luminosamente hondos, dime: ¿qué buscas en las lejanías? ¿qué vas persiguiendo con esa constancia infinita que parece que en tu frente llevaras escrito un mandato o un signo de fatalidad?

¡Oh Padre Río que te alargas indefinida-

mente como un dolor, yo te amo porque a través de la serenidad de tus aguas escucho el combate que se libra en tu fondo!

Amo tu canto dulce y solemne hermano del cantar de los vientos.

Amo la verdura que crece en tus orillas y que roza blandamente sus hojas pequeñas sobre tus aguas como un niño ingenuo que hace cosquillas con una pluma en el rostro del abuelo dormido.

Amo tus espumas y tus burbujas diminutas porque yo sé que ellas subiendo por las venas de las plantas y los árboles serán después frutas frescas y florecillas leves.

Porque tú eres el padre de las plantas y los árboles, de la nieve y de las nubes y porque a tí van a beber los animales y las raíces.

Yo te amo porque tú eres el padre de toda la naturaleza y el germen de todos los paisajes.

¡Oh cómo me gustaría ver en la pequeña playa de tus orillas los pies desnudos de la amada de los ojos luminosamente hondos!

¡Oh Padre Río que te alargas indefinidamente como una esperanza, concédeme que

venga a verte con la muy amada a la hora de la tarde, cuando tu cantar es más grave, cuando la luz es más dulce y las flores son más puras, cuando se habla en voz baja y se dicen cosas suaves, cuando nuestro corazón destila miel y los ojos se llenan de secretos!

LA MONTAÑA

La Montaña se levanta a lo lejos como un cáliz en el instante del ofrecimiento supremo.

La Montaña se levanta a lo alto en medio del paisaje como un impulso bueno y una acción sublime.

Ella es orgullosa y solemne como una idea genial.

Ella ha escuchado el rugido de las nubes en las noches de tempestad y los cielos le han dicho suavemente al oído sus más hondos secretos.

¡Oh Montaña maravillosa, descubre a mis ojos tus pequeños y tortuosos senderos para

que mis pies puestos frente a ellos sientan el ansia de subir indefinidamente!

¡Oh Montaña! Tú te levantas a los cielos con el ansia de entregarte toda y tu boca busca anhelante la lascivia de las nubes; pero basta observarte para ver que tu entrega ha quedado trunca.

¡Nunca podrás despegarte plenamente de la tierra!

Pero yo te amo porque veo tu frente en los astros y tu raiz en los abismos.

Yo te amo porque te duermes tranquila, guardando ciencia y tesoros, arte y leyenda, en tus entrañas.

Yo te amo porque sólo tú tienes rumor de eternidad, porque sólo tú eres en la naturaleza la estatua maravillosa del Silencio.

Todo resuena en tí y todos los rumores de la tierra van a dormirse dulcemente entre tus pliegues.

La enorme soberbia de los rugidos del mar al llegar a tí parece que cayera de rodillas e inclinara la frente rendida y respetuosa como ante un dios impenetrable.

El ruido de las selvas viejas y lejanas llega

a besar tus pies como el lamido de un perro humilde.

El rumor de los rios solemnes se recuesta en tus faldas, como aletargado, y los sollozos de la tarde te besan blandamente.

¡Oh Montaña, acaso tú no prestas oído sino a los designios de Dios!

Y he aquí que por eso tú pareces el canto de un profeta.

Y he aquí que por eso al perderte en el espacio tú semejas un corazón que ofreciera la ardiente ternura de la fe a la intranquilidad de una esperanza.

¡Oh Montaña, cuando tú das sombra, tu sombra me parece un pensamiento o un designio de ese Dios en quien mi espíritu no cree!

Yo te amo con toda mi ternura ¡Oh Montaña! porque tu frente es triste bajo la nieve, como la frente de una abuela.

Tú eres la madre de la nieve, de la nieve que llora entre la rama de los algarrobos.

Tú eres la madre de la nieve que es blanca como los brazos de la hermana de mi espíritu.

Tú eres la madre de la nieve que en las

tardes es sonrosada como la flor de los duraznos.

¡Oh, yo amo enternecidamente a la nieve dolorosa que siempre está en el momento de las despedidas!

Yo quisiera subir a ti, ¡oh Montaña! con la muy amada de los ojos luminosamente hondos e internarme entre tus árboles para sentir con ella la palpitación de toda la naturaleza, para contemplar de lo alto los paisajes atardecidos del llano, para que el último rayo del sol nos llegue entre las ramas y haga dibujos en su rostro.

Yo quiero subir a ti con ella para que sintamos sobre nuestras cabezas toda la eternidad.

Yo quiero subir a ti con ella para que mi corazón se sienta nadando en harmonía y mis ojos se llenen de lágrimas y se me ahogue la voz en la garganta.

¡Oh amada de los ojos luminosamente hondos, sube, sube para que vuelvas a la ciudad con el olor de las manzanas silvestres y con la frescura de las hojas verdes!

Sube, hermana de mi espíritu, verás en la tarde las otras montañas azulosas.

¿Has observado bien las montañas en el invierno?

¿No es verdad que parecen mujeres desnudas de grandes caderas y senos firmes con la cabellera suelta, tendidas voluptuosamente sobre las hojas secas de las llanuras?

Toda esa visión estupenda palparán tus ojos si vienes conmigo.

Sentirás cómo la tarde va resbalando en tu espíritu y yo te amaré como nunca.

Tú me pedirás que te cante y mi corazón se sentirá infinito y yo lo pondré a flor de mis labios para besarte.

Y yo te cantaré la única melodía siempre nueva.

Y todo lo grande y más enigmático de mi alma brotará de mis labios en un solo canto suave y sencillo.

Luego nos sentaremos en un tronco caído, nos miraremos en un sabroso éxtasis callado; después nuestras miradas se irán como una bandada de pájaros dolientes a las lejanías.

Y nos volveremos a mirar y mis ojos roza-

rán con su ala temblante tus cabellos rizados por el viento.

Escucharemos con la cabeza inclinada.

Aparecerá la luna y el Silencio, con los ojos entornados, rezará su salmo milagroso.

EL FUEGO

¡Cuán maravilloso eres, Oh Padre Fuego!

Eres un espíritu en tortura y tienes las intuiciones de un místico.

Desprovisto de peso y burlador de toda medida, eres la fragilidad absoluta y sin embargo destruyes lo más fuerte.

Todas las vacilaciones están en tí y sin embargo eres la intención de ser montaña.

Eres el purificador de todo, pero tu espíritu está siempre en el momento de las grandes pasiones.

Tú, como los genios, iluminas consumiendo. Horadas el aire para embellecerlo.

Y como un supremo artista sabes colocar

tu jardín soberbiamente rojo en medio de la noche.

Tu silueta en constante movimiento hace harmónicos recortes en el fondo negro y a veces tus rápidas lengüetas que se elevan imitan los chorros de agua de un surtidor encantado.

Otras veces en medio de los campos haces una danza diabólica, danza de cuento de hadas, danza para ser vista al dar un reloj lejano la última campanada de las doce sobre la noche dormida.

La luz está en ti como el perfume en el rosal maravilloso.

Y tú la difundes por el aire y tu vigor enorme la hace llegar hasta mis ojos como si la empujara.

¡Oh Padre Fuego! ¿por qué tienes esa constante inquietud de ola?

Infíltrate en mis venas, Oh Padre Fuego, y dame tu vigor.

Infíltrate en mi cerebro y dame tu luz destructora.

El Arte brota y crece grande solo sobre lo que ha destruido.

Mucho puede estudiarse en la vida, Padre

Fuego, pero lo único que puede comprobarse es que la vida de los hombres es igual a la tuya.

Comienza con pequeñas llamitas que parecen extinguirse a cada instante. ¡Cuán fragil es la vida de los niños! Pronto la hoguera va tomando cuerpo y batalla triunfante de todos los obstáculos con un sordo rumor, hasta que repentinamente empieza a decrecer con increíble rapidez y se apaga como las vidas en un instante, después de unos cuantos estertores, vano intento de luchar.

Esto es lo único que puede comprobarse. Vinimos al mundo como tú y como tú hemos de irnos.

Pero también como tú debemos dejar una huella, una señal de nuestro paso.

Padre Fuego ¿por qué me conturba tanto la idea de la muerte?

Consúmeme a mi también, ¡oh Padre Fuego, aniquila mi tristeza, destruye la amargura de mis ojos, devora el amor de mi corazón! ¡Oh tú, que conoces el sabor de la carne de los hombres!

Destrúyeme, termina de una vez este anhe-

lar eterno, este tanto pedir del corazón y que mi cuerpo se retuerza como tus llamas al sentir tus abrazos de serpiente.

Eres maravilloso, Padre Fuego. Eres todas las maravillas. Eres grande y sublime. Eres todas las grandezas y todas las sublimidades.

Eres glotón como un niño.

Y yo sé por qué tiemblan tus llamas. Porque aguardan un milagro de Jesús.

La indecisión de tus llamas, ese eterno temblor proviene del tiempo de los mártires. Ahora no saben cuando deben consumir o deben apagarse.

Están siempre en esa pregunta. Están siempre aguardando una orden sin voz.

Padre Fuego, eres glotón como un niño. Eres la voluntad de todas las purificaciones.

Mira como tus llamas juntan las manos como en una oración y se elevan al cielo temblorosas como manos de madre que bendice.

Pero otras veces se elevan justicieras y solemnes como manos de padre que maldice.

Y otras veces tus llamas se elevan etéreas como espíritus de ascetas.

Ah! Si tú conocieras la voluptuosidad de

mis ojos cuando tus llamas toman contornos de mujeres o semejan cabelleras sueltas ondulando al viento.

Si supieras el goce de mis oídos cuando crepitas con un sordo vibrar de palmas agitadas.

Padre Fuego, que esté mi cuerpo en ti como están ahora mis ojos que te miran.

Si no quieres consumirme, abrázame al menos como abrazas mis miradas.

Padre Fuego, eres glotón como una alimaña. Tu hambre es un hambre interminable.

Eres absorbente y dominador. Serías una virtud si no te mostraras tanto.

Yo te cantaré una noche en medio de los campos, una noche en que te vea de lejos brotar de la tierra a la duodécima campanada como una ronda de enanos rojos dispuestos a danzar.

LA AMADA REFLEJÁNDOSE EN EL AGUA

Para tí que tienes los ojos luminosos y absortos.

Para tí que no vivirías si no fuera por la fuerza que te da un gran presentimiento.

A TU LLEGADA

Mi corazón te sentía venir como se siente en la noche el aleteo de un pájaro lejano.

Mi carne al presentirte tembló toda con un temblor de hoguera y mi espíritu se recogió consternado, como ante las grandes catástrofes y después se abrió como un lirio enorme que quisiera sorberse toda la luz del sol.

Y cuando llegaste mi corazón dijo: Si ya te conocía, tú has crecido conmigo desde tiempo inmemorable y yo he latido al unísono de tu corazón.

Y cuando llegaste mi cerebro dijo: Si ya te conocía, tú estabas en mis sueños tal como hoy estás en la realidad. Quizás antes de ser para la vida ya eras para mí.

Y cuando llegaste mis ojos dijeron; Ya te habíamos visto.

Y mis labios dijeron: Ya te habíamos besado.

Y mis manos dijeron: Ya te habíamos acariciado, tu suavidad aun está viva en nosotras.

Y mis oídos dijeron: Ya te habíamos escuchado.

Y mis sentidos no encontraron nada extraño en ti.

Y he aquí que tus sentidos, al verme, dijeron de mí lo mismo que los míos.

Eramos el uno para el otro, nada desconocido había entre ambos.

Y cantamos el himno de la realización del gran ensueño, del amado pensamiento que vivía dormido en nuestro ser.

¡Ah Esposa de mi espíritu! Tu advenimiento fué la luz para mis ojos obscuros, tu advenimiento fué la voz insonora que vino a cantar en mis oídos el himno de las divinas harmonías.

Y desde el día de tu advenimiento ¡oh Esposa mía, mi espíritu sufre un gran dolor de ti que lo extasía!

MI ALMA TE BENDICE

¡Oh Amada, cuando me miras, tu mirada llena toda mi alma como la luna llena la noche! Y yo siento que tu alma se alarga hacia la mía hasta hacerse ambas una sola.

Amada, cuando sonríes es como si deshojaras flores sobre mi corazón. En tus sonrisas cantan todas las virtudes y juegan como niños todas las purezas.

Yo amo tus ojos y tus sonrisas.

Yo amo tus ojos porque están suaves de serenidad, porque ellos hacen el camino de rayitos luminosos por donde viene tu alma a la mía.

Tus ojos me hacen un camino inacabable que pasa de la vida y por ese caminito de luna se va mi corazón con el silencio delicado de la sombra de una enfermera, con el andar de seda de la muerte.

Yo veo tras tus ojos un presentimiento medroso de alcoba a media luz, un niño que duerme bajo una pantalla azul y una luna que se pasea por selvas infinitas.

Oye, Amada, tus ojos son dos santos que absuelven mis acciones y aprueban mis designios.

¿Irías a ser muda que Dios te dió esos ojos?

Tus ojos son dos caminos que llevan de la luz a la sombra callada.

Bendito sea el sendero de tus ojos que me llevó hasta tu alma.

Deja, oh Amada, deja que mis ojos cansados de lejanías caminen por el sendero de los tuyos.

Yo amo tus sonrisas, Amada, porque ellas son el premio a mis fatigas y a todas mis bellezas.

Ellas cantan mis buenas acciones persiguién-

dose unas a otras, como en una ronda de ondinas que bailan junto a un lago.

Tus sonrisas abren una ternura de flor en medio de mis tardes y tienen una tenue inmaterialidad.

Tu sonrisa es esquiva como la sombra de una ala en las aguas dormidas de los estanques.

Tus sonrisas son variadas y distintas como las rosas a distintas luces.

¿Cuál será la sonrisa que ostentes cuando muerta?

¡Oh Amada, cuando me das la mano siento que te me entregas toda y que mi mano toca tu corazón!

Gracias doy a tus manos porque llenan de flores la alcoba de mis abstracciones y suavizan mi frente dolorosa de meditar.

Porque sólo ellas escuchan la confidencia de mis trémulas inquietudes.

Porque sólo ellas reciben todas las ondas de mis nervios enfermos.

Tus manos hablan y aconsejan con una dulzura de abuela blanca.

Tus manos, oh Amada, dicen a las mías los

estremecimientos del amor y el sigilo aterciopelado de la tristeza.

Tus manos siempre dan. Ciérralas para que se lleven mis besos y mis lágrimas.

¿Irías a ser ciega que Dios te dió esas manos?

¡Oh Amada, cuando me besas siento que la eternidad me envuelve como una noche y me siento infinito y lejano y me parece que el amor de todos los siglos se agolpa a nuestros labios!

En tus besos se sobrehumaniza una melancolía inmensa.

¿Por qué pienso en los besos de los adioses lejanos que se deshacen en las frondas de la noche?

Amada, cuando me besas a tus ojos se asoma un ocaso espiritualizado que viene de las selvas obscuras y una vaguedad lejana teje rayos de luna sobre sus aguas pálidas.

Tus besos son la intención de hacerme eterno.

Amada, mi alma te bendice enternecida por todos tus encantos.

SALMO DEL AMOR FUERTE

¡Oh Amada de la frente clara y luminosa como una agua pura, mi corazón tiembla de agradecimiento a tus finezas!

Mi corazón te devuelve en cantos tus suavidades infinitas como el cerezo devuelve en flores los besos del agua.

Oh Amada, desátame esta angustia que me ahoga.

Yo sé que tú me amas porque cuando nos encontramos en la tardes y miro tus ojos veo que me has llevado en ellos durante todo el día y porque en las noches siento que duermo bajo tus párpados.

Yo sé que pienso en ti porque me siento invadido de una inmensa dulzura y porque mi espíritu se llena de pétalos frescos y mis ojos se van como pisando sobre rosas lejanas dormidas bajo la luna.

Yo sé que tú me amas porque después de los primeros besos, con toda tu alma y tu sangre, poniéndote en las palabras toda entera, como la luz en el día, me dijiste: Gracias, gracias.

Yo sé que tú me amas porque después del instante supremo, de ese instante supremo de las grandes pasiones que parece que repercutiera en la eternidad, tu silencio se durmió sobre mi frente lleno de confianza y yo sentí que te morías en mis ojos.

Y yo sé que te amo porque quisiera que todas tus cosas quedaran dentro de mí y porque mis labios quisieran besar todas tus acciones.

Yo sé que te amo porque después que te vas, la cabeza se me cae a las manos y siento que la muerte se recuesta en mi espíritu.

Yo sé que te amo porque después que te vas, mis ojos no ven nada y nada escuchan mis

oídos y mi corazón siente un no sé qué triste y lento que se le infiltra gota a gota.

¡Oh Amada, derrama constantemente en mi alma toda tu ternura, que por mucho que viertas, siempre quedará en ella lugar para llenar!

Yo sé que te amo porque mi vida se siente presa en tu espíritu como en un mar de estupendas harmonías.

Y he aquí que yo cuido como un tesoro mi espíritu y mi cuerpo porque sé que en todas partes has puesto tus miradas.

Yo te ofrezco todos mis actos y todas mis alegrías como un vaso de miel o un cesto de frutas.

Amada, cuando pienso en ti hay algo en mí que se arrodilla y todo mi orgullo de poeta se deshoja a tus plantas como un lirio humilde.

Cuando la noche entra en mi alcoba tú vienes con ella a dormirte sobre mi corazón y cuando la mañana llega dulcemente a mis ventanas tú vienes con ella a sonreirte sobre mis labios.

Quisiera asomarme a tu alma como a una

caja de música para escuchar otra vez lo que dijiste el otro día: No podría saber cuando comencé a quererte. ¡Te amo desde toda la eternidad!

Ah! si tu alma fuera una caja de música y pudiera hacerla repetir sus harmonías a cada instante!

Dime, amada, cuando tú estés viejecita y seas abuela y pases alguna vez de la mano de una de tus nietecitas frente a las ventanas de la alcoba de nuestros primeros besos ¿qué sentirá tu corazón?

Y cuando te asomes a la vida pasada como quien abre una ventana para mirar una procesión y veas mi figura clara y precisa, mis ojos que te envolvían en suavidades y mis labios donde tantas veces los tuyos se durmieron largamente, dime ¿te sonreirás o llorarás?

Y si tu nietecita te pregunta por qué sonries ¿qué le contestarás? Y si te pregunta por qué lloras, dime, Oh Amada, ¿qué le has de responder?

No lo sabes. Pero moverás desoladamente tu cabeza blanca como un campanario todo

nevado de palomas, sentirás que una angustia muy grande oprime tu garganta que yo tanto he besado y apretando la mano de tu nietecita le dirás: Ama, hija mía, ama mucho.

Y sentirás no haberme amado mas.

IREMOS A LA TARDE

¡Oh esposa mía! Mi espíritu sigue ávido de sensaciones. Quiero salir de la ciudad.

Iremos al silencio de la tarde y allí dejaremos las palabras y cantarán las manos y los ojos.

Nos tomaremos las manos, y ellas con una suavidad de lirio, cortarán el silencio y dirán su poema bajo el cielo violeta del crepúsculo ¡Pondremos toda el alma en las manos!

Nos miraremos largamente y nuestros ojos, con esa opaca luminosidad de los estanques nocturnos, reflejarán todo nuestro cielo inte-

rior y dirán su poema bajo el ocaso violeta. ¡Pondremos toda el alma en los ojos! Y tus ojos tendrán la dulzura de la tarde.

Y al envolverme con tu larga mirada de seda, mi alma se pondrá grande y luminosa como un horizonte. Y mi corazón rompiendo sus límites sentirá el ansia de diluirse en todas las cosas y darse por entero a todo.

He aquí que éste será tu mayor triunfo.

Apoyarás tu cabeza en mi hombro ¡Oh esposa mía! y el ensueño dolorosamente feliz te hará caer los párpados como dos hojas amarillas.

Sentiremos al Silencio que va sobre los valles como un monje cartujo bajo su capucha obscura y las manos ocultas en las mangas. Lo sentiremos alejarse, oiremos su rezo opaco y monótono y soplará un vientecillo fresco.

Crujirán las hojas en el suelo, como mantos de espíritus que se arrastran por la tierra.

Y la melancolía de la tarde nos pondrá dulce el corazón y suave la mirada.

Y cuando la tarde haya muerto con una

muerte límpida y serena como la muerte de un niño o de un asceta, volveremos a la ciudad.

Llegaremos a la ciudad y miraremos a las gentes como hermanos y lo amaremos todo porque nuestra alma estará purificada.

EL PASEO DE LOS AMIGOS

Para los amigos que han conversado conmigo a la sombra de los árboles bajo el murmullo propicio de las hojas de la tarde.

EL SALMO DE LAS MUJERES DESCONOCIDAS

El amigo sátiro, retorciendo su cuerpo como una hoguera, frente a la tarde que se moría en una entrega luminosa, habló de esta manera:

¡Oh que desesperación la de mi alma cuando cruzan ante mis ojos las mujeres hermosas que nunca han de ser mías y mi cuello se estira hacia ellas en un ansia suprema y mis pies quebrantados siguen tras sus pasos!

Muchachitas de hombros redondos que pasáis ante mí en las tardes de primavera, mis ojos besan vuestros escotes y se resbalan por

la canal de vuestros senos y mis manos adivinadoras de vuestros encantos presienten las delicias del tanteo.

Muchachitas que atravesáis en medio del bullicio de las calles como enormes luminarias llenando de ritmo y de alegría el desorden de las gentes.

Mi tristeza se disuelve en la tarde, contemplando la danza provocadora de vuestras caderas que se pierden a lo lejos y la gracia de esas cabelleras flotantes tras de vuestros pasos menudos.

Yo sé que vuestros encantos siempre serán un misterio para mí. He ahí mi mayor tortura. Y yo sé que esos encantos secretos que yo comulgaría como un místico y que son imposibles para mí, quizás se entregarán sin reservas a la brutalidad codiciosa de un hombre vulgar y sin finura.

Y vosotras ¡Oh mujeres que pasáis colgadas del brazo de vuestros maridos! Yo sé que

vuestros senos se tienden hacia mí ansiosos de morir en una larga languidez en otros brazos que no sean los de siempre.

¡En los ojos del esposo murió ya la ilusión y la inquietud tremante murió en vuestro espíritu!

Vosotras miráis a vuestros maridos como el encarcelado al libro que ha leído cien veces por no facilitársele otro para endulzar las soledades de la celda y por eso me mirabáis a mí con el ansia de una nueva historia.

Vuestros ojos se humedecían de deseo y vuestra cabeza quería reposar sobre otro pecho fuerte y lleno de ilusión y vuestra cadera erguida como un arco triunfal sentía el anhelo de otra mano que se paseara temblando sobre ella como en la primera noche inolvidable.

Vuestra carne os daba una orden de renovación y por eso ante la presencia del amigo vuestro espíritu ondulaba como una llama.

Él representa para vosotras la renovación,

él representa la conquista de un nuevo misterio, él representa la inquietud olvidada y el olvidado temblor.

Él es el otro. El otro que vuestro corazón sentía venir desde tanto tiempo y para cuyo recibimiento se estaba engalanando de experiencia para multiplicar las delicias y hacer más sabias las primeras entregas.

Pero el otro de vuestros ensueños tampoco seré yo: ¡oh mujeres imposibles! Siempre sereis un misterio para mí, siempre me dareis la tortura de vuestro enigma y mi corazón se deshojará bajo vuestros pasos en un gesto estrábico y absurdo.

Y os veré pasar regiamente ante mí todas las tardes con la pomposidad de vuestros senos airosos y la elegancia de vuestra espalda blanca y las venas azules del cuello hinchadas de sensualismo y el bello desorden de los pequeños cabellos de la nuca.

¡Oh mujeres, os veré pasar regiamente ante mí todas las tardes!

La fiebre me nublará los ojos y me hará

tambalear y tendré que apoyarme en las paredes de las casas.

Y yo sé que mis labios nunca poseerán vuestros besos, y mis ojos nunca se cerrarán sobre los vuestros en el instante supremo, y no aspiraré el perfume de vuestro cuerpo, y mis manos nunca descubrirán vuestros misterios y mi cabeza nunca se dormirá en la cuna temblante de vuestros senos.

Nunca.

SALMO A LAS ALMAS QUE PASAN

El amigo místico, entornando sus ojos verdes de ensueño como una agua pura exclamó así:

¡Oh qué suave tristeza la de mi alma cuando pasan ante mis ojos las mujeres desconocidas cuyo espíritu siempre ha de ser un misterio para mí, cuyo modo de pensar jamás conoceré!

No me importan sus rostros, ni sus cuerpos, ni su gallardía, ni su hermosura.

Yo daría mi vida por saber qué piensan esas almas ante cada acontecimiento humano.

¿Qué semejanza habrá entre las ideas que en mí despierta cada cosa y las que esas mismas cosas despiertan en ellas?

Quisiera que mis ojos penetraran hasta lo más hondo de sus corazones y descubrieran toda su sicología.

¿Serán buenas? ¿Estarán predestinadas a enmarañarse en todos los vicios?

Las veo pasar y siento que mi alma se alarga como un manto que quisiera cobijarlas inmensamente.

Y siento odio a los hombres que las miran con ojos impuros y llenos los labios de lascivia.

Pero vuestros pensamientos están vedados para mí.

Para mí que sólo quisiera ser el amigo de vuestras almas, para mí que sólo quisiera preservaros de los hombres libidinosos.

Pero vosotras no creereis en mí y os veré pasar indiferentes; sorprendiendo en vuestros ojos una historia que se insinúa.

EL PRIMER AMANTE

OTRAS PALABRAS DEL AMIGO SÁTIRO

Mujer, que deliciosa es esta larga languidez que invade todo el cuerpo después del amor.

Ah! qué maravilloso instante de abandono.

Quisiera en este momento, así con mi cabeza en tus rodillas, escuchar una música lejana.

No olvides, mujer, que soy tu primer amante. Seré tu último recuerdo.

Soy el primero y estoy cierto de que seré el único.

Desde el primer instante tus ojos me dijeron que eras mía aunque llevaras otro camino.

Estaba fatalmente escrito y así había de suceder y por más que trataran de impedirlo, algún día, alguna tarde, alguna noche, tú habías de aparecer en cualquier recodo de mi camino.

Y ya has aparecido. Y al aparecer mi corazón ha sentido que le gritabas: Eh, mírame, yo soy eso que tanto has buscado, eso que te faltaba para sentirte pleno, ese anhelo impreciso que te tenía triste.

Y agregaste: mi amor llenará toda tu vida y pasará aun más allá de tu vida.

Yo con esto tan simple te haré maravilloso y te llenaré de dulzura. Con esto tan simple te llenaré de harmonía como el viento que al pasar por la flauta de caña se convierte en música.

Oh! mujer, déjame estar entre tus brazos tibios que sólo entre ellos me olvido de pensar en la muerte.

Ah! la eterna obsesión.

¿Dónde estaremos Mañana? Y qué importa ¡dónde estuvimos Ayer!

Y pensar que nosotros estamos felices en el mismo sitio, gustando los mismos instantes, que otros dejaron para siempre, hundiéndose uno tras uno en el descanso silencioso.

Entre tus brazos, oh mujer, me siento frágil como un niño.

No sabes cuanto te agradece mi corazón estos instantes.

Yo quisiera llenar tus oídos con un canto milagroso y sencillo, con un himno a todos los encantos del amor.

Ojos que brillan debajo del sombrero ¡cómo atraeis hacia vosotros mis pasos vacilantes y cansados!

Yo te juro, mujer, que todos mis otros amores no han dejado en mi alma más huella que la del vino en las botellas vaciadas.

Tu corazón necesitaba del otro para completarse. Los besos del esposo eran ya fríos.

Oh Mujer! tu corazón henchido de ternura necesitaba el calor de mis besos para florecer y descansar de su exuberancia, como la semilla necesita de la tierra.

EL AMIGO ARTISTA

El amigo artista volviendo hacia el crepúsculo sus ojos de mirada interior, dijo estas palabras:

Sed más humanos, amigos míos, sed más humanos cada vez y sólo así encontrareis el sentido único de todas las cosas.

Grande y digno del arte es todo lo que tenemos ante nuestros ojos aunque nos parezca pequeño y desprovisto de importancia.

La grandeza es precisamente lo que hemos de poner nosotros.

Yo he pasado mucho tiempo sumido en meditaciones. He querido sentir plenamente toda sensación y mi espíritu se ha recogido como

un gato acechando el momento de las menores insiñuaciones de la sombra para saltar sobre ellas y apoderarse de la emoción que se esboza.

Y cuanto tiempo he pasado sintiendo el lento caer de las horas como una gotera interminable.

Ah! Vosotros no sabeis la angustia de las esperas. La frente entre las manos y los ojos, ora clavados en la sombra interna, ora clavados en las sombras exteriores.

Si quereis ser felices saboread bien todos los momentos sin pensar jamás que pudieran ser mejores, saboreadlos bien sin pensar en otros instantes.

Yo gozo más que vosotros porque ante todas las cosas estoy dispuesto al arrobamiento y porque nunca falta una caña sencilla que mis labios puedan llenar de sonidos.

Tened siempre el espíritu en espera del éxtasis y los labios prontos al canto.

Sólo ante las mujeres vosotros gozáis más que yo porque estoy demasiado acostumbrado al análisis y este es el ariete del amor.

Pero de hoy en adelante estoy dispuesto a

matar el análisis ya que ninguna mujer lo resiste.

Me despojaré del análisis junto con despojarme de mi ropa.

Vosotros amáis a las mujeres por ellas mismas, yo las amo por la gloria, por la admiración que me dan y prefiero verlas de rodillas ante mí que sentir sus labios junto a los míos.

En vosotros son un término, en mi son un camino.

¿Habeis visto algo más ridículo que un hombre enamorado?

Pensad bien en esto y vereis que no hay mayor humillación que el amor.

Mirad los gestos de un enamorado: toma actitudes de perro humilde y está sujeto por entero al menor movimiento de un dedo de su amante.

Dicen que en amor la mujer es esclava, pero observad que la esclava se convierte en carcelero y el amo en encarcelado.

Me decís que la mujer es la que os hace desear la gloria, mas pensad que sus besos y sus caricias os impiden continuar ascendiendo,

pensad que sus abrazos os sujetan como ramas de espino y os entorpecen la marcha.

¡Cuánto tiempo se muere sobre los halagos de una mujer!

Ojalá que vosotros no me veáis nunca enamorado. ¡Qué aire de estupidez toman los hombres que sufren una pasión! ¡Y qué ojos de buey enfermo!

No ameis nunca a una mujer, amadlas a todas. Así estareis en menos peligro. Más si por casualidad encontráis alguna bastante poderosa que pueda dominaros por completo, sacudid vuestra esclavitud y pensad que aun hay tantas mujeres que quisieran sentirse entre los brazos fuertes y delicados de un artista.

Ojalá que vosotros nunca me veáis enamorado. Creo firmemente que no ha nacido la mujer que pueda doblegarme. ¡Oh qué humillación!

Y sin embargo cuantas veces he temblado ante unos ojos luminosos y absortos.

He jurado no sentir nunca el ridículo de mí mismo ante el amor, he jurado no humillarme nunca ante una mujer y sin embargo ante esos ojos luminosos y absortos ¡cómo has latido,

corazón! ·cómo agonizabas, voluntad, y cuando te llamaba te escurrías como agua que se filtra entre la arena!

¡Oh triste condición humana!

Decís que el amor es el engendrador de todo arte. No lo creáis. En todas las grandes obras el amor ocupa un lugar secundario.

Sí, sí. El amor es secundario.

Ah! ¿por qué siento dentro de mí mismo algo que se ríe de mí?

EL AMIGO DOLOROSO

Este amigo que como doloroso es un gran poeta habló así:

Yo nunca en mi vida he sonreído sinceramente. Nadie ha reído menos que yo.

Con cuanta razón, oh amigos, me decís siempre que mis sonrisas tienen un aire de falsedad.

Yo vivo en mis ensueños dolorosos como si mi alma se encontrara sumergida entre dos ondas de música melancólica.

Yo vivo sumido en mis ensueños dolorosos.

Y mi espíritu es superior al de los demás hombres porque ha sufrido más.

Yo me he formado a mí mismo. Este es mi mayor orgullo. Yo no me debo a nadie.

Si algún maestro quereis buscarme este maestro es el dolor.

El dolor y la observación serena y apasionada son las fuentes de donde yo he brotado.

Toda mi grandeza está en la intensidad de mi vida interior.

La música y la poesía me han dado las mayores sensaciones suavemente vigorosas que he saboreado en toda mi vida.

La poesía y la música hacen vagar mi espíritu por luminosidades inauditas. Ante ellas me siento desmaterializado y propicio a las más extrañas iniciaciones.

La poesía y la música hacen morir mi carne y ante ellas me siento inmaterial, soy solamente un reflejo de luna en un estanque sereno.

Por eso yo amo sólo a las mujeres hermosas que se han muerto, a esas mujeres cuya voz arrobadora queda aun vagando en mis oídos como el canto del mar en los caracoles.

Y por eso también yo amo con tan infinita ternura a esas almas vírgenes que están aguardando algo supremo en el umbral de la vida.

¡Oh! la solemne belleza de las almas en espera.

Una fatiga de luz se ha dormido en mis ojos y es que estoy ante la poesía y la música, es que estoy en el momento de los supremos augurios.

Ahora deseo darme por entero, ahora deseo que la dolorosa poesía de mi corazón entre en vuestros espíritus como un río desbordado.

Ahora quiero darme sin reservas. Quiero arrebatar a la muerte la divina alegría de la disgregación.

Cuando estoy ante la poesía y la música me siento mío por entero. Cogedme ahora que soy de vosotros.

Mirad ahora mi belleza interna.

Ahora que siento sobre mi espíritu todos los dolores del pasado y todos los dolores en gestación para el futuro.

Ahora que mi alma está a la sombra de los mayores presentimientos.

Contempladme ahora, escuchadme ahora, mas pensad que mi alma nunca sentirá una gran alegría.

EL AMIGO SOLITARIO

El amigo solitario, el de las pocas palabras y de ademán meditativo, exclamó:

He sido siempre un gran huraño, bien lo sabeis vosotros, y en medio de los hombres he sentido mucho más mi soledad.

Hasta las altas horas de la noche me paseo por mi alcoba meditando, y sumido en estupendas ensoñasiones. Este es el único momento en que no me encuentro solo.

En medio de las mayores orgías, en medio de las más bellas mujeres, yo siento por entero mi soledad.

Y veo en los rostros de los hombres que

con ellas danzan, que ellos también sienten su soledad.

Pero, yo he sabido conservar mi juventud espiritual dentro de mi vida austera, en cambio, ellos que han querido emborrachar sus soledades, han perdido todo vestigio de juventud y me miran llenos de nostalgia y ansiedad como los camellos miran el oasis tras un largo andar.

Yo he sabido conservar mi adolescencia tras un muro de silencio y ellos la han desperdiciado como un frasco de perfume que se ha quedado abierto.

Por eso ellos parecen sonrojarse de haber sido jóvenes un tiempo y reniegan de todas sus audacias de ayer.

Yo soy el único árbol que ha sabido conservar sus hojas después de la primavera.

Pero, a pesar de todo, cuando estoy en medio de los hombres, siento más honda mi soledad y en medio de sus risas y sus conversaciones y aun en los labios de las bellas mujeres yo siento mi espíritu siempre lejano, siempre distante, vagando en inauditas y luminosas regiones.

Vosotros, oh amigos, me comprendeis. Mas

yo siento por tí, oh Amigo Sátiro, una enorme compasión, porque tú nunca tendrás una realización completa, siempre has de anhelar una mujer imposible.

Pero ¿cuándo dejaremos de ansiar eternamente?

EL PATIO DE LOS NIÑOS

A mis hijos Manuela y Vicente.

A vosotros, hijos míos, que aun estáis de pie en el umbral de la vida con la gran pregunta de vuestros ojos abierta hacia el futuro.

EL CABALLITO

Hijo mío, tú no sabes el goce infinito que experimento cuando vienes a jugar conmigo.

Algún día lo sabrás, quizás entonces yo esté muerto; pero al leer estas páginas, tú besarás mi recuerdo.

Hijo mío, conozco en tus ojos cuando quieres jugar conmigo, mas tú no conoces en los míos cuando quiero besarte y tenerte entre mis brazos y siempre juegas lejos de mí.

Sí, ya sé lo que quieres; te veo venir sonriendo, pequeño *caballero panzón*.

Luego te acercas a mí, buscas mi pie, te montas a caballo en él y mirándome a los ojos exclamas: caballito, papá.

Y yo haciendo palanca en mi otra rodilla, comienzo a mover el pie en que te has sentado, subiendo y bajando.

Y tú, siguiendo el movimiento isócrono, vas abriendo más y más tu pequeña boca, como si sintieras cosquilla en el estómago.

Cuando notas que me canso y que ya no puedo seguir como antes, me dices: más, papá. Y yo te miro sonreir y siento renacer nueva fuerza en mi pierna fatigada.

Sonríe, hijo mío, sonríe. Mira que en tus sonrisas está todo mi vigor.

Sonríe, hijo mío, y que mañana en tus labios no encuentre cómodo asiento el dolor.

Y he aquí mi pierna convertida en tu pequeño caballo de ilusión.

Dentro de algunos años tú harás esto mismo por divertir a algún hijo tuyo.

Bajo otro techo, en otra alcoba, frente a otra mujer hermosa y pura para tí como tu madre, tú harás esto mismo.

Entonces te sentirás invadido de esta misma dulcedumbre que yo siento al ver tu alegría.

Entonces sentirás toda la eternidad gravitando en la sonrisa de tu hijo y nada te impor-

tará el mundo entero comparado a su alegre reir.

Juega, hijo mío, juega entre mis piernas. Mira que así me haces sentirme niño y me haces ágil y liviano como tú.

Seguramente algún día yo también jugué en los pies de mi padre al caballito. ¿Por qué no me lo han dicho nunca?

Mañana jugarás a esto mismo con tus hijos y sentirás lo mismo que yo siento ahora y que entonces ya no podré sentir.

Después verás a tus hijos jugando con sus hijos.

Entonces yo estaré muerto y ya no podrás ver más mi cara.

Pero, a pesar de esto, al ver jugar a tus hijos con sus hijos, sentirás una santa alegría de abuelo.

Y entonces comprenderás por qué escribió tu padre el juegod el caballito, que él, que fué su autor, ya no podrá leer más.

LA LEYENDA

Hija mía, ayer me has dado uno de los mayores sufrimientos de mi vida.

Te acercaste a mí, te sentaste en mis rodillas y me pediste que te contara un cuento.

Yo, haciendo esfuerzos de imaginación, te narré fábulas prodigiosas sembradas de castillos encantados, de hadas y de enanos y cuando terminé tú me miraste con ojos maliciosos y me preguntaste:

¿Dónde pasó eso, papá?

Y había en tu pregunta toda la intención de una sorpresa. Quisiste sorprenderme en una mentira.

Hija mía ¿por qué me hiciste esa pregunta? ¿por qué no creiste mi leyenda?

Tú no sabes lo que sufre mi corazón, pensando que ya, tan temprano, no crees en las fábulas que fueron el encanto de otros niños.

Cuando mi madre te toma en sus brazos y te cuenta leyendas, tú me miras como avergonzada de que yo pueda pensar que crees semejantes patrañas.

Antes los niños escuchábamos arrobados los cuentos familiares llenos de encanto. Los niños de hoy tienen un goce menos. ¿Y quieres que no sufra?

Los ojos maliciosos de una niña de menos de tres años segaron la leyenda en los labios de la abuela.

La leyenda que fué toda la delicia de otros tiempos emigró como las golondrinas a otros países, buscando el calor de otros corazones infantiles, buscando otros niños más divinamente ingenuos que los nuestros.

¡Oh, qué dolor para las abuelas que desplegaban todo su arte exquisito en urdir esas bellas mentiras!

Cómo llorarán los labios de la abuela que

florecían harmoniosos cuando tejían la fábula. Su voz cansada recobraba el timbre de la adolescencia y era también para ellas un delicioso engaño.

Los labios de la abuela se sentían renacer llenos de frescura.

Mirad lo que habeis hecho, niños escépticos.

¡Oh, qué dolor para mi corazón pensar que ya no creeis en los cuentos y que ya las abuelas han perdido un sublime prestigio!

Hija mía, escucha, voy a pintarte el cuadro de las Leyendas Muertas:

Antiguamente, hace ya muchos años, se sentaban las abuelas en un ancho sillón de piedras preciosas rodeadas de los niños que pedían un cuento y en medio de una noche de invierno relataban las aventuras de algún príncipe encantado.

Los niños se acomodaban bien junto a las faldas de la abuela y mientras afuera rugía el viento y caía la lluvia interminablemente escuchaban atentos el quimérico relato.

Esos niños, como creían lo que se les narraba, después hacían todo lo que había contado la abuela. Uno salía volando por la ven-

tana como un angelito, otro se convertía en cisne y se iba en busca de una princesa de rara hermosura por ríos misteriosos, otro...

Pero ¿por qué ríes, hija mía? Ah! perdóname, sin querer estaba narrándote una fábula.

Qué quieres, hija mía, yo pensaba que a los niños no se les debía hablar de otra manera.

Disculpa, voy a pintarte el verdadero cuadro de las Leyendas Muertas tal como yo lo ví cuando niño:

Generalmente después de la comida íbamos a pedir el cuento a la abuelita. Ella se sentaba rodeada de nosotros y nos narraba historias maravillosas, acercando sus pies al enorme brasero de cobre.

La leyenda flotaba como un perfume por la habitación, como un incienso que se hubiera echado en el brasero de la abuela y nuestra imaginación flotaba también envuelta en ese milagroso incienso.

Los niños soñábamos despiertos que éramos guerreros heroicos, reyes poderosos con tronos de oro y mantos de encaje. Las niñas soñaban que eran princesas encantadas, hadas misteriosas, ondinas envueltas en cendales de

espumas. Soñábamos con varillitas de virtud y filtros mágicos.

Después, como si la abuela nos hubiera tocado en la cabeza con la varillita de virtud que jugaba en sus labios, nos íbamos quedando dormidos uno tras otro y nos llevaban muy suavemente a nuestras camas.

Allí soñábamos dormidos lo que antes soñáramos despiertos y nos encarnábamos plenamente en las visiones de la abuela.

Piensa, hija mía, todo lo que has perdido. Por eso llora mi corazón.

Los cuentos emigraron, como una bandada de golondrinas, para siempre a otros países, buscando los labios de otras abuelas para hacer su nido en ellos junto a otros niños que tengan más calor de ingenuidad.

Los niños de hoy ya no juegan, ya no hay niños en estas tierras.

También los niños alegres y charladores de esa deliciosa jerigonza, con sus gritos y sus risas, han emigrado como las golondrinas.

No olvides nunca, hija mía, que los ojos maliciosos de los niños segaron la leyenda en los labios de la abuela.

PEQUEÑO LADRON

Hijo mío, que codicioso eres. No te gustan tus juguetes y los has echado a un rincón, los únicos que te atraen son los juguetes de tu hermana.

Pero entre todos sus juguetes el que más deseabas era su primera muñeca, porque esa la conservaban guardada como un recuerdo y sólo lograbas verla muy de tarde en tarde.

¡Cómo la buscabas por todas partes! ¡cómo espiabas con tus ojos picaruelos el momento de cogerla!

Hasta que al fin hoy lograste tu sueño. Esperaste que todos estuvieran distraídos y te

fuiste despacito al cuarto de tu hermana. Acercaste una sillita que apenas puedes, arrastrándola al pequeño armario donde están sus juguetes y alcanzaste la muñeca.

¡Oh, qué dicha! Que alegría mezclada de un poquito de susto tendrías en el rostro.

Pero, lo que más risa me ha dado, es que te fueses a esconder a tu cuarto obscuro, tú que tanto miedo le tienes a la obscuridad, y que allí te quedaras escondido debajo de la cama, gozando tu pequeño tesoro como un avaro.

Tu madre corría de una parte a otra llamándote y casi muerta de susto pensando que te podías haber ido a la escala. Y tú muy quietecito debajo de la cama.

Ah! cómo comprendes, mi pequeño ladrón, que has obrado mal.

Por eso has hecho bien en ocultarte. Un hombre con la conciencia manchada no puede estar tranquilo delante de las gentes.

Pero, al entrar en la pieza de tu hermana, tu madre lo comprendió todo. Se te había olvidado retirar la silla del armario. ¡Qué torpe eres!

Luego corrió à tu pieza y divisó tu vestidito blanco debajo de la cama.

Estabas pillado.

Pero entonces apelaste a un último recurso y empezaste a reirte y a hacer gracias para desarmar a la que pensabas estaría enojada contigo y sólo recibiste besos y celebraciones, menos de tu hermana que tomó un gesto de enérgica reprobación.

Más a tí ya nada te importaba, habías logrado tu objeto y saboreado tu robo largo rato debajo de la cama, oh mi viejito avaro, como el mayor tesoro.

QUISIERA VEROS EN EL CAMPO

Quisiera veros en el campo, hijos míos, jugando entre las flores, a la sombra de los árboles y sobre el suelo verde y natural.

¿Vamos al campo, hijos míos?

Quiero veros reir al sol, quiero sentiros gritar de alegría con los pájaros que juegan entre las ramas.

Así sentireis vuestros ojos más clarificados y os tornareis mucho más sanos y mucho más ágiles.

Trasminaos del olor de la ñipa y de las rosas silvestres, que ya comienzan a florecer, para que volváis a la ciudad impregnados de naturaleza.

Corred entre los árboles, corred hasta que caigáis fatigados en el pasto verde. Así, en la noche, sentireis más sueño y dormiréis mucho mejor.

Vuestra madre escogerá la más bella de sus canciones para haceros dormir y su canto caerá sobre vuestros corazoncitos fatigados como una bendición, como un rayo de luna que se metiera por la ventana hasta vuestras camitas.

Su canción caerá sobre vuestros corazoncitos como una lluvia de flores frescas y transportará vuestros espíritus, nadando en su perfume, a regiones inauditas.

Su canción se recostará sobre vuestros sueños como la noche sobre los caminos.

Y al día siguiente, hijos míos, cuando la mañana llegue a asomarse por el ojo de la llave como una mujer curiosa, os levantareis más temprano y os sentireis más livianos para jugar.

Por eso quiero veros en el campo, hijos míos, jugando entre las flores, trasminados de luz y sobre el suelo verde y natural.

Y las cuatro estaciones fueron cayendo sobre el patio de los niños.

HABLA LA PRIMAVERA

Soy una campesina loca que se llena de flores la falda y la cabeza.

Soy una muchacha campesina de senos pródigos y cara aduraznada.

Los pájaros y los niños cantan jugando en el jardín.

—Abrid bien las ventanas para que las piezas se inunden de perfume.

—Ya durmió su siesta la abuelita, sacadla en su silla de ruedas para que tome el sol.

El surtidor canta largo y monótono como si

le hubieran dado cuerda y los niños se mojan la cabeza y la cara en sus chorritos de agua.

—Mira, mira, el agua que salta al sol se pone sonrosada y viéndola de este lado toma colores de arco iris.

La Primavera jura y sostiene rotundamente que no puede haber ningún tiempo en que los árboles estén pelados.

Parece un sabio.

Primavera, época de milagro.

Hija mía, ¿sientes el ruido de las abejas que se van por un invisible camino de perfume hacia las flores?

Soy una campesina loca que se pinta de flores y se ofrece a la labor de las abejas. Y los niños miran los árboles llenos de promesas y sonríen.

Soy una muchacha campesina de senos pródigos y cara aduraznada.

Soy una enorme sonrisa de flores.

¡Y el corazón de los niños sonríe pensando en los juguetes de la Pascua!

HABLA EL VERANO

Soy una mujer desnuda.

Desnuda, sí; pero como soy perfecta de líneas debeis mirarme como a una estatua: sin lujuria.

Mas no tomeis esto al pie de la letra porque podéis herir mi amor propio.

Vamos, os permito un poquito de lujuria.

¡Cómo me gusta sentir que las olas abrazan mi cuerpo!

No hay hombres tan delicados.

—Esta playa no me gusta

—¿Quiere Ud. que la enseñe a nadar?

El verano es una irrupción de brotes. Es la realidad absoluta.

Mirad cómo responde dejando caer sus frutas.

¡No olvidemos que, por él, se descubrió la ley de la gravitación universal!

¡Oh Verano, eres hermoso y sin que tú lo sepas estás haciendo cuadritos constantemente!

Muchachita romántica que lee versos románticos sentada en una roca y mira de cuando en cuando las lejanías del mar.

Una pareja que vuelve de los cerros.

Ojos de niños que miran codiciosos a los árboles en la actitud de pedir.

—Hija mía, sécate la boca que la tienes llena de jugo de duraznos.

Soy una mujer desnuda.

—Pero ¿no es Ud. masculino?

—De sobrenombre ¿no siente mi calor? ¿no ve que doy seres de mi ser?

—¡Ah!

¡El silbido de los trenes llena toda esta estación!

HABLA EL OTOÑO

Soy un largo crujimiento de hojas.

El color favorito de mi vestuario es el amarillo y el oro viejo.

Y el Otoño, recostado lánguidamente sobre las hojas secas, escucha:

Pum... Pum.

—¿Cuántas perdices has cazado?

—Veintisiete.

—Yo, catorce.

Y ve alejarse dos sombras en medio de la sombra y un perro flaco, de largas orejas caídas con abandono.

Los cazadores le ofrecen de comer al perro. El perro siempre a todo lo que le ofrecen que más le gusta dice que nó con el meneo de su cola. Es como los niños vergonzosos.

El Otoño es la estación más caritativa. Todo lo da.

Pero lo malo es que lo dice y hace gala de su caridad con un ruido sordo, con un crujimiento interminable, semejante al del pavo real, que arrastra sus plumas engreído.

—Ay! Ella viene... No, ha sido una hoja.

Yo soy el amo de los vientos, exclama, y hace crujir las ventanas y las puertas.

—Cuidado, hija mía, no pongas los dedos en la puerta, mira que ahora las puertas se cierran de repente.

Y pasa el viento como una bandada de golondrinas por encima de las casas, por encima de las selvas y los mares y va a dormirse, haciendo un ángulo, en las faldas de los montes.

Y las hojas se caen interminablemente como alas que se despegaran de los pájaros cuando pasan jugando por el aire.

—Ay! Y ese gemido?... No, ha sido el viento entre las ramas.

Soy un largo crujimiento de hojas secas y de viento entre los árboles. Mi luna es fría y amarillenta.

Soy el precursor del despojo absoluto.

Soy un largo crujimiento.

HABLA EL INVIERNO

Soy una inmensa pincelada gris.

El paisaje tirita de frío y los árboles parecen cruces.

La lluvia cae lenta y grave, cae infinitamente.

No hay flores, no hay frutas, no hay hojas.

¿Por qué me habeis abandonado?

Soy un largo llanto de madre.

Detrás de la ventana ella y él miran caer la lluvia, sienten que la tarde se les filtra en el alma, conversan y bostezan.

—Prended la estufa.

—Mira como las llamas levantan sus orejitas de conejo para oir lo que hablamos.

—Curiosas.

Soy una inmensa pincelada gris.

Mis sauces cubiertos de nieve parecen grutas con sus estalactitas.

Otros árboles parecen abuelos de pelo y barba blanca.

Mis caminos son tristes y largos como sollozos y parece que vinieran de los polos.

Yo sé ¡oh viejo Invierno! por qué te gusta que salga el sol cuando llueve. Para colocarte el arco iris en el dedo o si es muy grande ostentarlo de aureola sobre tu cabeza, para que los niños no te crean malo.

—¿Por qué tembláis, hijos míos, en las noches de Invierno?

Vosotros creeis que el Invierno es un viejo malo, por eso vuestros ojos me piden protección.

¿Y cómo no habeis de creerlo si en estas noches eternas los perros aullan y aullan a la muerte?

Parece que la melancolía se hubiera quedado largamente dormida sobre los campos.

Y el Invierno llora, llora, llora dulcemente.

¡Dejadlo que llore y que desahogue su tristeza! Demasiado tiempo ha contenido sus lágrimas.

EL LIBRO DE LA NOCHE

Los Estanques Nocturnos.

A la que ha de venir.

DESAGRAVIO A LA NOCHE

Cuando era pequeño yo te odiaba, oh Noche, porque en todos los cuentos de mi infancia tú eras la maga mala que borraba los senderos para que los niños se perdieran de su casa.

Cuando era niño yo te odiaba porque bajo tus horas taciturnas rugía el viento en las rendijas de las puertas, ronco y amenazador como la voz de las brujas.

Yo te odiaba porque bajo tus horas temerosas los perros aullaban sin cesar y corrían de una parte a otra, como si los persiguieran.

Yo te odiaba porque tú eras la madre de la

horrible calchona y porque en tus pechos se amamantaba la salamandra.

Yo te odiaba, oh Noche, porque te creía hermana de la Muerte y siempre estaba temiendo que te llevaras a los seres que amaba mi corazón.

Mis oídos parecían percibir algo que se tejía inacabablemente en medio de la sombra, mis oídos sentían en tí, oh Noche, los más extraños crujimientos, las más raras resonancias.

Mis oídos no escuchaban la voz de mi madre por eso te odiaban.

Mis ojos se tendían hacia tí, oh Noche, y trataban de horadar la obscuridad llenos de terror; mas no veían nada y lo que adivinaban era algo indescriptible.

Mis ojos creían ver cosas que se desenvolvían en el aire, manos que se alargaban hacia mi rostro. Por eso yo deseaba tanto que llegara la mañana a poner su risa en los jardines y para poder contar si estaban todos mis hermanos vivos.

Mis ojos en tí, oh Noche, no veían el rostro de mi madre, por eso te odiaban.

Mi frente sentía venir a ella, oh Noche, como una horrible lluvia, tus sueños más negros, llenos de buhos y de luces que corren por los cementerios. Sueños en que veía a los muertos, de pie junto a mi cama, en una actitud grave y taciturna, sueños en que sentía a unos ladrones descerrajando sin fin la puerta de mi habitación.

Mi frente por tí no sentía los besos de mi madre, por eso te odiaba.

Muchos niños odian a la Noche, porque en las Noches se siente llorar a las madres.

Oh Noche, yo te aborrecía porque en tí se paseaban en un largo desfile de procesión monjes encapuchados rezando solemnemente con un murmullo interminable.

Yo te odiaba, Noche, porque creía que tú ibas a venir a robarte a mis hermanos como una loba mala que se roba a los pobres corderos.

Mas hoy, oh Noche, yo te amo. Amo tu actitud meditativa, amo tu silencio y tus sombras profundas.

Hoy te amo, oh Noche, porque tú das a los

hombres el pequeño olvido del sueño para desatar la amargura de sus corazones.

Hoy te amo porque camino en medio de tu obscuridad con paso firme y seguro.

Ahora te amo, Noche amiga, porque eres para mi espíritu una inmensa caverna donde puede refugiarse.

Hoy te amo porque en tí mi espíritu se ensancha, rompe sus límites y se desborda como un gran río.

Y tú, Noche, también penetras en mi espíritu como un remanso negro.

Hoy te amo porque tú me inundas de un sereno bienestar y de una dulce beatitud.

Ahora yo odio al día vulgar y ramplón como una hembra vasta y selvática.

Odio al día porque del día fragoroso y batallador mi corazón no aguarda nada.

Ahora yo me paseo por los caminos de la noche con mis amigos y nuestras conversaciones nocturnas tienen más calor de confianza y nuestras miradas se llenan de rayos de estrellas.

Mis oídos aman a la Noche porque perciben

la gran voz insonora y el ruido de los astros y porque el día es el asesino del silencio.

Mis oídos aman a la Noche porque escuchan en ella las suaves palabras de la mujer amada.

Mis ojos aman la Noche porque están cansados de la grosería de la luz y de la ola bulliciosa y mareante de las gentes y las calles.

Mis ojos aman la Noche porque en ella retratan el rostro de la mujer amada y lo retienen bajo sus párpados como en una posesión.

Mi frente ama la Noche porque la llena de maravillosos ensueños y de magnos pensamientos.

Mi frente ama la Noche porque en ella sien te el beso de la mujer amada, suave y luminoso como el beso de la luna.

Yo amo a la Noche porque es hospitalaria a mi meditación como un gran sauce negro.

Yo la amo porque ella destruye al perseguidor molesto de nuestro cuerpo: la sombra incansable.

Y así como cuando niño te odiaba, oh Noche, porque borrabas los caminos para que los

niños se perdieran, hoy te amo porque en tí han encontrado mis ojos el sendero de miguitas de pan que fuí arrojando para guiar mis pasos a la hora del retorno.

Y por lo tanto que te odié, oh Noche, y por lo tanto que hoy te amo, este Salmo es el Salmo del Desagravio.

CANTO A LA NOCHE

Oh! La Noche. La Noche.

Bendita sea la Noche porque en ella mi espíritu se expande y se desborda y todo lo inunda y todo lo llena como la luz de la luna.

Bendita sea la Noche, porque es la hermana bondadosa de los ciegos, la que les hace olvidar el dolor de no ver. Ella les pone su divino engaño como un bálsamo sobre los párpados.

Bendita sea la Noche, porque en ella los ojos de las mujeres destilan suavidades de luna.

El corazón de los amantes ha llenado la noche de un temblor sollozante.

¡Oh la Noche! La Noche.

Bendita sea la Noche, porque en ella están todas las grandes perplejidades, porque en ella se incuban todas las anunciaciones inauditas, todas las grandes cosas que han de surgir enormes y perfectas y clavarse en el infinito como astros.

En la obscuridad de la noche están todas las inmensas luminosidades.

La sombra se estremece: es que dos almas se han unificado.

¡Oh la Noche! La Noche.

Bendita sea la noche, porque en ella los corazones de los hombres se sienten ligados más estrechamente y propicios a la sinceridad y a las santas expansiones.

Bendita sea la Noche porque envuelve las almas en una dulzura de intimidad.

En tí, oh Noche, hermana mía, me siento como dentro de mi propio corazón.

Bendita seas porque en tí las palabras no tienen objeto y los menores gestos adquieren una importancia de poemas.

¡Oh la Noche! La Noche.

Bendita seas, hermana, porque en tu solemne y majestuosa serenidad está Dios, está todo Dios como una larga mirada.

Bendita seas porque en tí se siente el infinito, porque en tí se oye el hálito de lo eterno, el rebullir hirviente de más allá de la última puerta.

La Noche se escucha como una palabra enorme y ella tiene clarovidencias que el día no conoce.

Bendita sea porque en ella duerme la vida llena de confianza como en los ojos de una esposa santa.

¡Oh la Noche! La Noche.

Bendita sea la Noche porque en ella se agita lo desconocido y porque en ella surgen los misterios a burlarse de los hombres.

Dejad que vuestras almas desciendan a las profundidades de la Noche como a una gran cisterna y ellas tornarán luminosas y dispuestas al milagro.

La sombra tiene un crujimiento como de temblor: es que un gran destino ha ido a estrellarse contra los astros.

¡Oh la Noche! La Noche.

Bendita sea la Noche, porque sobrecoge el espíritu como un gran presentimiento y nos llena de un terror profundo.

Un largo escalofrío recorre las vértebras de la Noche y es que un gran designio ha brotado en ella como una luminaria.

Bendita seas ¡oh Hermana! porque caes sobre la tierra como una mirada interminable, como un canto de Dios grave y sublime.

¡Oh la Noche! La Noche.

Bendita sea porque ella se cuaja de todos los recuerdos muertos, porque ella trae a los ojos los rostros que están debajo de la tierra y porque ella trae a los oídos las voces que no escucharemos mas.

La Noche es el resurgimiento del pasado, es el desfile luminoso de todo lo que se ha ido.

Oh! cuántas bocas en la noche buscan unos labios que ya se han ido para siempre.

Ella trae al espíritu las miradas supremas y llenas de amargura que se tienden a nosotros como manos implorantes desde el fondo de las últimas memorias.

Ella es la gran resucitadora y siempre tiene entre sus labios el Levántate y Anda de Jesús.

¡Oh la Noche! La Noche.

Bendita la Noche, porque ella extrangula de angustia el corazón y porque en ella reposan todos los presentimientos y todos los anuncios.

En ella se abren los ojos para mirar el futuro enmarañado.

En ella duermen los dichosos y velan los que tienen el corazón lleno de tristezas

Los espíritus dolorosos se infiltran tanto en la Noche que se unifican con ella y están todo llenos de su grata dulcedumbre.

¡Oh la Noche!

Bendita sea la Noche porque ella es la sinfonía silenciosa del amor solemne.

Porque está toda cruzada de adioses y de pensamientos que van y vienen de los más remotos y lejanos lugares.

La noche es una inmensa sombra, una sombra interminable de almas unificadas.

Ella es suave y envolvente como una mirada de madre.

Ella es propicia a la meditación como una gran Pagoda y estar debajo de ella es como estar debajo de una selva inmensa.

Bendita seas porque de tanto cielo que nos muestras nos haces olvidarnos de la tierra.

Por tí, por tí siente nuestro espíritu la maravillosa y sobrecogedora sensación del espacio infinito.

Tú, oh Noche, suprimes a la tierra y nos haces sentirnos como aplastados por tanto firmamento.

Bendita seas, porque eres una ventana abierta hacia la eternidad.

La Noche.

Bendita sea, porque da sombra como el doloroso recuerdo de una mujer amada.

Cae del espacio una amargura infinita.

La Noche es un espíritu sublime protector del supremo descanso. Es la gran reveladora.

Ella es como el inmenso vaho que flota sobre los lagos y ella sabe poner su caridad sobre los ojos de los ciegos.

Ella se tiende sobre los caminos como una música dormida y se pasea sonámbula sobre el rugido de las olas.

Ella está toda traspasada de canciones y sollozos.

Bendita sea.

¡Oh la Noche!

EL SILENCIOSO POR LA NOCHE

El Silencioso cruza por la noche.

La Meditación y la Soledad han lunado su frente y han puesto luminosos sus ojos.

En medio de la noche el Silencioso es un himno a la noche.

Con un orgullo de faro va acaracolado en sus pensamientos y parece que iluminara la misma obscuridad.

La noche es su hermana. El ama a la noche aristocrática y odia al día burgués que sonrosa y redondea las caras como un seno de campesina.

El poeta viejo ha querido aconsejarlo: Ud.

tiene talento pero va extraviado, le ha dicho. Y él se ha sonreído.

A Ud. nadie le entiende, ha dicho el poeta viejo y el Silencioso ha pensado en su refinamiento, en su anhelo impreciso de algo impreciso, ha mirado los gestos de las cosas ocultas y de las almas pequeñitas y se ha sonreído. Se ha sonreído y ha cruzado por su labio una mueca de compasión.

Su exquisitez le ha salvado siempre de todos los consejos, hasta de los cariñosos consejos de los amigos.

Nadie me comprende y qué importa, piensa el Silencioso, mis ojos son cada día más luminosos y la noche me ama.

Y piensa: en medio de la profundidad de la noche soy más profundo.

¡Oh las anunciaciones que he sorprendido en tí Noche, hermana mía!

Y ha pensado en la cara ingenua y grave del poeta viejo, del consagrado que en aquel instante duerme cubriendo su altiva calva con un gorrito de seda y ha sonreído. Ha sonreído con la sonrisa natural del hombre pleno.

El poeta viejo ama al día ramplón y lustroso como un seno de campesina.

Y yo te amo a tí ¡oh Noche! porque tú eres mi espíritu y porque yo soy tu esencia.

LOS ESTANQUES NOCTURNOS

Estanques nocturnos, aguas negras, aguas dormidas y como reconcentradas en sí mismas, mi corazón os ama y admira vuestro poder evocativo.

Aguas de la noche, todo lo que se refleja en vosotras toma un aire de ensueño, un gesto de leyenda, hasta las casas más humildes al reflejarse en vuestro pálido espejo, toman aspecto de castillos señoriales o mansiones encantadas.

¡Oh la maravillosa brujería de los estanques en la noche!

Cuantas mujeres hermosas habrán copiado sus formas en estas aguas como quien se baña en un espejo.

Ellas han dado a estas aguas la atracción alucinante, propia de una encantadora.

Ah! yo quisiera besar la luna de los estanques.

Aguas que poneis toda vuestra fuerza y vuestro empeño en reflejar, aguas negras ensimismadas en la propia contemplación ¿qué pensáis?

Acaso en estos momentos recordáis la suavidad de los pies milagrosos de Jesús.

Acaso pensáis que hace ya mucho tiempo, en otros parajes, os surcaban blandamente las barcas de los pescadores y sentís la nostalgia de sus viejas canciones que se dormían sobre vuestras ondas leves.

Y yo sé que estáis así quietecitas y como dormidas, porque aguardáis la vara del milagro.

Agua de los estanques nocturnos, la luna hace en vosotras un camino luminoso semejante a la barba de plata de un anciano.

La luna se ha dormido largamente como una lluvia de flores de almendro sobre las aguas opacas.

PRIMERA INVITACION A LOS AMIGOS

La Noche nos está llamando. Vamos, oh Amigos, a vagar por los caminos de la Noche.

Ella se ha engalanado con sus mejores estrellas, como una mujer que aguarda al amante en la primera cita.

Amigos, vamos a la Noche. ¿Para qué fatigáis vuestros pies corriendo tras los cuerpos hastiados de las rameras?

Vamos a la Noche. Ella es también una gran fascinadora y atrae mi espíritu como los ojos de una serpiente.

Venid, oh Amigos, y que vuestro corazón se embriague con el vino de la Noche.

Venid y observad a los otros hombres que en la noche parece que hablaran por señas como los mudos.

La noche está obscura, vamos a recorrer sus laberintos.

SEGUNDA INVITACION A LOS AMIGOS

Amigos, vamos a contemplar los cuadros de la noche.

Yo sé que vosotros la amáis tanto como yo; vamos a ella y en medio de su obscuridad nos sentiremos como tragados por un enorme dragón.

Veremos a los borrachos que insultan a un personaje invisible y gesticulan como llamaradas lejanas.

Veremos al loco que declara su amor a las estrellas y quizás encontremos también al pastor que quiere besar la luna.

Veremos las parejas que se pierden en los

jardines y veremos pasar a las cortesanas de grandes ojeras y olor penetrante, buscando como buhoneros, quien les compre sus gastados encantos y sus cuerpos saboreados.

Veremos a los hombres que van tras del placer y adivinaremos en sus labios, besos que se insinúan. Los veremos pasar jadeantes como avaros que corren tras un tesoro.

Veremos a los hombres que buscan el placer engalanados y sonrientes como los niños en los días de fiesta.

En medio de la noche que es una sutil engañadora también nosotros beberemos el engaño semejante de nuestro vino.

TERCERA INVITACIÓN A LOS AMIGOS

Apareció la luna, oh amigos. Vamos a vagar bajo sus espumas.

Miradla, parece que se hubiera quedado enredada entre los árboles.

Vamos a vagar y yo cantaré a la noche enemiga del sol como un laberinto subterráneo, como una catacumba.

Uniré mi voz a las graves y soberbias sinfonías de la noche, donde cantan todas las pasiones y todos los dolores.

Cantad también vosotros a la noche, oh amigos, a ella que sólo escucha los cantos de

los borrachos y de las temporeras y los martillazos de los monederos falsos.

Cantad a la noche como la canta el agua de las fuentes sobre las piedras musgosas.

Cantad a la noche en la cual los borrachos gesticulan y vaticinan trágica y solemnemente como pitonisas.

Cantad a la noche que está llena de las lágrimas de los más bellos ojos.

Ah! cuántas almas rumian su dolor calladamente en medio de la noche.

Cantadla a ella, amigos, a ella que está toda llena de las inquietudes y sobresaltos de los remordimientos.

Y que vuestro canto se levante grave y solemne como el canto de un profeta o la voz de un precursor.

Cantad a la noche en que tiemblan las conciencias y en la cual los corazones sienten miedo a las venganzas de Dios.

Así como las alondras cantan la luz del amanecer, así cantan los sapos la dulce embriaguez de la noche.

Y es más hermoso su cantar.

Cantad al dolor bajo la noche, como los grillos cantan debajo de las puertas.

Luego tomaremos, oh amigos, el camino del regreso y cuando comience a amanecer yo daré vuelta mi cara hacia la noche, como los hombres que ven pasar por la calle una mujer hermosa.

INVITACION A LA AMADA

Amada, vamas a vagar por el campo bajo la luna.

¡Qué hermosa está la noche!

Amada, la noche embruja los corazones como una maga, ella es la poseedora del absintio más fascinante y que atrae a las almas como el vino a los borrachos.

Ella tiene el sésamo mágico de todas las puertas.

Ella nos llenará los ojos y los labios de las más hondas confidencias y bajo su negro plafón sentiremos más fácil el pensamiento y sentiremos el cerebro y el espíritu llenos de una grata exuberancia.

La noche es la gran interlocutora de los locos.

Anoche salí a vagar para pensar mejor en tí. ¡Oh Amada qué placidez de alma buena tienen los campos de la noche!

La luna en medio del vacío abría una pregunta sin respuesta.

Las aguas estaban luminosas y tenían un secreto temblor como si estuvieran aguardando que los pies iluminados de Cristo pasaran sobre ellas.

Amada, en medio de la noche verás el ca mino blanco de la luna en el cual se destacan los árboles como romeros levantando los brazos al cielo.

Los árboles bajo la luna te parecerán plateados como trozos de hielo.

Luna en el fondo de las alamedas, luna bruja sobre los cerros, pareces la lucesita que ponía la vieja ogro en los cuentos infantiles para atraer a los niños a su casa de caramelos.

Amada, vamos a recorrer los campos de la noche.

Allí te diré todo lo que yo te amo. Oh Amada, te adoro enternecidamente porque eres

capaz de todos los sacrificios y todas las tristezas.

Te diré que tú has llenado mi espíritu de tí plenamente como el sol llena el día.

Te diré que tú has llenado mi corazón de tí como la balada del organillero llena su caja sonora.

Que tú has llenado mis ojos de tí como el cielo a los remansos, de tal manera que ya no ven otra cosa y es como si tú te hubieras clavado en ellos o como si ellos hubieran tomado tus formas.

Te diré que mi alma ha sido muy ambiciosa pero que tú eres superior a todas mis ambiciones.

Y habrá un largo silencio.

Y nos estrecharemos medrosos y protectoramente como sobrecogidos de presentimientos.

De miedo al silencio, porque en él se incuban los grandes acontecimientos, diremos frases entrecortadas.

Y nuestras almas estarán atentas como en espera de algo.

Volveremos a callarnos largamente como aguardando una gran revelación.

Y tú temblarás cuando sientas los chillidos de las lechuzas en las copas de los árboles.

Y pasarán volando sordamente sobre nuestras cabezas como rápidas nubecillas blancas.

Las manos se te pondrán heladas, te apretarás a mi como un niño miedoso y clavarás tus ojos largamente en los míos.

Nuestra superstición mirará fijamente la oscuridad y quedará suspensa como en espera de algo extraño.

LA LUNA EN LOS ARROYOS

Mi amada que tiene los ojos luminosos y absortos, vendrá conmigo a ver la luna en los arroyos.

Será como una invitación a entrar en la leyenda.

Nuestros ojos se irán por el camino de la luna, como por una senda encantada dos hermanitos tomados de la mano.

El sendero que hace la luna en medio del arroyo tiene una brillantez fosforescente, como una larga escama de pescado.

Y la amada verá el arroyo que brota de las

montañas, como de la boca de un encantador una serpiente enrrollada.

Las flores de la noche bañan su belleza en las aguas del arroyo, pero al reflejarse pierden sus colores.

También la amada se copiará claramente en el arroyo.

Ella que tiene los ojos luminosos y absortos.

EL SENDERO DE SEDA

A los que marchan por él.

EL SENDERO DE SEDA

El Sendero de Seda es el que va mas allá de los últimos umbrales.

Es como un puente colgante que hubiera al extremo de la vida. Es como un puente colgante sobre el infinito, sobre todas las cosas que han caído en el misterio.

Es el Silencio.

Y el Silencio es el personaje inmutable que contempla todos los acontecimientós humanos mudo y sombrío con un gesto de estatua.

Es el personaje que queda más allá. El que nadie ve y sólo las grandes almas sienten latir.

Y sin embargo es el más importante y en él están en gestación todos los enormes deslumbramientos del futuro.

LO QUE PUDO NO SER

Querido Sebastián ¿Haz pensado alguna vez en lo que pudo no ser?

—A veces he pensado, pero ha sido un pensamiento fugaz, rápido, que apenas ha despuntado en mi cerebro y se ha desvanecido sin que jamás se me ocurriera analizarlo.

—Escúchame Sebastián: Una tarde tenía yo en mis rodillas a mi hija y mirando su carita y escuchando su deliciosa jerga, sentía tal encanto como si sus palabras fueran una lluvia fresca y perfumada que me invadía el alma y me envolvía en un éxtasis maravilloso.

Mi espíritu nadaba en una inmensa beatitud, en una inefable dulzura y lleno de agradecimiento hacia todo, aun a lo más nimio, sentía unas ansias de llorar por todo.

Tenía los ojos tristes de serenidad, luminosos de Dios y mi álma latía de gratitud.

Entonces pensé que aquel ser encantador, que me producía ese sublime estado de una grandeza milagrosa, pudo un día no haber nacido.

Pensé que el hecho de que ella pasara el umbral que trae a la vida, dependió únicamente de un acto caprichoso, como humano, y que de no haberse realizado tal como se realizó, seguramente me habría privado de aquel ser que tanto encantamiento me producía o habría sido otro diferente, no mi hija con esos mismos ojos claros, con esa misma boca pequeñita y bien lineada, con todas esas facciones perfectas o no perfectas, pero que yo adoraba por ser de ella.

Pensé que por un minuto de tiempo pudo dejar de existir todo su encanto.

Y pensé que si no hubiera existido, yo no

la habría echado de menos, yo no hubiera sentido en mi corazón la falta de su existencia.

Entonces escribí esta estrofa, que al leerla una tarde en medio de mis composiciones, sólo uno de mis amigos me detuvo en ella y me la hizo repetir con verdadera posesión:

Amigos: ¿Nunca en la noche habeis sentido
Al ser que quiere tomar vida
Y se desliza azorado como un niño perdido?
Yo amo mucho a los hijos que no he tenido...
¿Por qué pasé el umbral que trae a la desdicha?

Créeme, Sebastián, yo siempre pienso en los seres que vienen a golpear nuestras puertas y las encuentran cerradas.

PARÁBOLA DE LA BELLEZA DE LAS COSAS

—Oyeme, Sebastián, ¿por qué pusiste cara de extrañeza cuando te dije que la belleza de las cosas no está en ellas mismas sino en el amor que ponen los ojos al mirarlas?

—Si, ya me habeis dicho que el amor es el único que agrega encanto hasta a los objetos más insignificantes.

—Pero quizás no me has creído. Escucha esta parábola y busca siempre el sentido de las cosas.

Dos amigos estudiantes habitaban muchos años en la misma alcoba. Con el dinero que

les sobraba habían comprado muchos objetos para adornar su retiro y habían aumentado sus muebles.

Ellos entraban y salían de la habitación sin reparar jamás en esas almas pequeñitas que parecían mirarlos en un silencio lleno de tristeza.

Nunca se habían puesto en contacto con sus cosas porque pasaban indiferentes al lado de ellas.

Por fin llegó un día en que uno de los amigos debía partir por largo tiempo a un país lejano. Se despidió del otro y en el momento de partir en el umbral de la puerta de su alcoba se volvió sin saber por qué, como si innumerables vocecillas lo llamaran y al enviar una última mirada a sus objetos le pareció que se despedían de él con un gesto lleno de dolor.

Entonces comprendió que cada uno de esos objetos era algo suyo, algo que había vivido su propia vida y que al separarse de ellos cada uno le producía un desgarramiento en su alma.

Se quedó mirándolos un rato lleno de amor, sus ojos se llenaron de lágrimas y fueron besándolos uno por uno.

Sólo en aquel instante descubrió en ellos mundos infinitos, que nunca antes había percibido porque siempre pasaba entre ellos indiferente.

El otro amigo se quedó observándole y le dijo, ¿por qué lloras? ¿estás loco?

Por nada respondió él, pensando que su amigo no le entendería si se explicaba. Le dió un abrazo y partió.

El otro amigo pensó varias veces en esto, pero como nunca salió de allí se sonreía murmurando: sentimentalismos.

Hasta que al cabo de algunos años cuando se encontraba en su lecho de muerte, próximo a expirar, mirando todas esas mismas cosas que lo habían acompañado durante toda su vida exclamó lleno de ternura: Ahora comprendo.

Querido Sebastián, si quieres encontrar el verdadero sentido de las cosas y gustar toda su belleza, míralas con un amor doloroso, como si fueras a despedirte de ellas.

LA PARÁBOLA DE LA LAGARTIJA

—Siempre he creído deducir de vuestras palabras que es un defecto brillar y hacerse notar en medio de las cosas.

—No es un defecto, querido Sebastián, pero sí un gran peligro. Y si no fuera por el miedo a la Justicia del destino veríamos cómo padecería todo lo que resalta.

—Nunca he creído en la Justicia.

—Haces mal porque todo en la tierra es justiciero, los árboles, las piedras, los ríos y las montañas. Todo es justiciero. Voy a narrarte la Parábola de la Lagartija y no olvides que las grandes justicias son quizás imprevis-

tas, que a veces se valen de lo más nimio, pero llegan siempre.

Escúchame:

En medio de las hojas y las flores de la pradera una hermosa lagartija brillaba al sol como brillan las piedras de colores en el fondo de las vertientes cristalinas.

Parecía que estuviera llena de lentejuelas verdes y doradas.

Si hubiese pasado por allí un hombre de experiencia, le hubiera dicho cariñosamente:— «Pequeña lagartija, échate un poco de tierra encima, mira que resaltas demasiado. Échate un poco de tierra para amortiguar tu brillo, mira que así corres un grave peligro. Ten cuidado».

Pero no pasó ningún hombre de experiencia por allí y la lagartija siguió muy tranquila sonriendo al sol.

Pasaban por aquel lugar unos muchachos estudiantes que iban de paseo y uno de ellos exclamó de repente: Mirad la lagartija ¡cómo brilla! Parece increíble.

Y otro gritó: Matémosla.

Matémosla, dijeron a coro los otros mu-

chachos, sin pensar que esa pequeña lagartija tenía tanto derecho a la vida como ellos y aun más, pues ellos eran unos haraganes inútiles, en tanto que ella, por lo menos, servía para embellecer la vida.

Aquella hermosa lagartija no les había hecho ningún mal y su único defecto era resaltar entre todo lo que la rodeaba.

Felices con el anuncio de la cruel entretención estos haraganes con alma de verdugos comenzaron a cortar varillas de los árboles y la emprendieron contra la pobre lagartija.

Verás, decía uno, cuando le corte la cola como baila separada del cuerpo.

Mas, he aquí que la lagartija fué escondiéndose debajo de las piedras y las ramas caídas, burlando los golpes de los muchachos que en su furiosa arremetida y medio ciegos de rabia se pegaban unos a otros.

Aquí se ha escondido, gritó uno. Levantad este tronco.

Pero la lagartija, como si lo hubiera escuchado, se escapó corriendo y comenzó a trepar por un árbol que había a la orilla de un gran canal.

Eh! súbete detrás de ella, gritaron al más pequeño los otros amigos.

Y el más pequeño, seguido del mas grande, comenzaron a subir por el árbol, agarrándose como monos a las ramas y pegando varillazos a la lagartija que subía más y más cada vez.

De pronto, cuando estaban a una gran altura, se desgarró una rama donde se había aferrado el que iba más arriba y éste se desprendió vertiginosamente, arrastrando en su caída al que iba detrás.

Y he aquí que ambos, rebotando entre las ramas, fueron a caer en medio del canal.

En vano gritaban los otros compañeros pidiendo auxilio. El canal era muy profundo y el agua corría demasiado rápida.

Al ver desaparecer a los dos amigos bajo el agua, los muchachos se miraron consternados y temblando de pavor.

¿Qué vamos a hacer ahora? ¿qué vamos a decir? gritó uno con gesto trágico.

Y huyeron como locos a través de la llanura.

Entretanto la pequeña lagartija brillaba al sol en la copa del árbol siniestro y justiciero.

PARÁBOLA DEL BUSCADOR

Los magnolios han florecido. Sentémonos, querido Sebastián, a la sombra de los magnolios.

El viento traerá a nosotros el aroma de las flores nuevas. El viento es un buen mensajero.

—Continuad, maestro, hablándome de los hombres que buscan.

—Ah! querido Sebastián, que nunca tengan tus ojos el ansia de los ojos que buscan.

No busques nada fuera de tí mismo, todo lo llevas contigo. Eres el portador de todos los tesoros y no lo sabías. No se quebranten tus

pies por inútiles caminos. Anda siempre por tu camino interior.

Créeme, Sebastián, sólo el día que dejes de buscar, hallarás lo que anhelas.

Y ahora escúchame, voy a referirte la Parábola del Buscador:

Un joven elegantemente vestido recorría las calles de una ciudad, preguntando con verdadera desesperación a todos los transeuntes si habían encontrado en el paseo un anillo de brillantes que había perdido.

—Es un recuerdo de familia, gritaba el joven.

¡Por Dios, dígame Ud., si lo ha visto! Pero todos respondían negativamente.

Por fin dió la casualidad que pasara por allí un anciano de barba blanca que andaba con paso lento y mesurado.

Dirigióse el joven a él y le dijo:—Buen anciano, Ud. que lleva la cabeza inclinada y va siempre mirando a la tierra, dígame, por favor, si ha encontrado en el camino un anillo de brillantes que se me ha perdido.

Señor, añadió el joven con voz angustiada, es un viejo recuerdo de familia, por eso me

importa tanto. Es el único anillo que he tenido en mi vida.

Levantó el anciano la cabeza, miróle a la cara y luego exclamó:

—¿Dice Ud. que es el único que ha tenido en su vida?

—Sí, buen anciano.

—Entonces está Ud. medio ciego, joven. Vaya a su casa y desnúdese para dormir. No busque más y su anillo aparecerá.

Dicho esto el anciano se alejó y el joven, aunque sin entender palabra, se dispuso a obedecer, más por cansancio que por espíritu de obediencia.

Llegó a su alcoba y he aquí que al sacarse los guantes aparece antes sus ojos el anillo que creía perdido.

—Pero ¿cómo es esto? exclamó el joven lleno de sorpresa. Lo llevaba conmigo y lo andaba buscando. Con razón me dijo el anciano que estaba ciego. Y he recorrido toda la ciudad buscando mi anillo. El miedo de perderlo me había puesto ciego.

—Querido Sebastián, no olvides esta pa-

rábola y nunca busques nada fuera de tí mismo. Muchas veces he visto tu alma en espera de Dios. Dios es ella misma, eres tú mismo. No lo busques en otra parte.

PARÁBOLA DEL AGUILA AZUL

—Ya que hemos hablado de lo que padecen los adelantados, voy a decirte una cosa, querido Sebastián. No hay nada más horrible que los hombres que se adelantan.

¡Ay de aquellos que debiendo nacer en el año tres mil, nacen en el mil novecientos!

Yo compadezco mucho a los adelantados y para ellos escribí la Parábola del Aguila Azul que voy a narrarte ahora:

Sucedió hace muchos años que en la Montaña de las Aguilas, donde todas eran más o menos iguales, nació una que tenía las alas mucho más fuertes y los ojos mucho más poderosos.

Ella conocía sus facultades y he aquí que un día se le ocurrió a esta Aguila emprender un viaje más allá del sol.

Empezó a volar, a volar... hasta que se perdió de vista.

Nadie supo nunca a donde se había ido y fueron pasando los años y los años, cuando un buen día, después de mucho tiempo, regresó a la montaña de sus hermanas.

Mas he aquí que esta águila quien sabe por donde habría andado que sus alas se habían puesto completamente azules y las demás aguilas no la reconocían.

—Pero si soy vuestra hermana, exclamaba el Aguila Azul, aquella que partió en viaje hace tantos años.

—Nó, decían las otras, tú no eres águila. Quién sabe que pájaro raro eres. Nosotras no te admitimos en nuestra montaña. Vete. Vete.

—Yo que esperaba que me ibais a recibir con los brazos abiertos, decía el Aguila Azul. Yo que tenía que contaros tantas cosas que han visto mis ojos. Yo que os hubiera enseñado y servido tanto y vosotras renegáis de mí.

—Sí, sí, renegamos de tí. Tú no eres águi-

la. Vete. Tus alas son azules y las nuestras son color roca. Tú no eres águila. Vete.

—Pero, hermanas, mis alas se han puesto azules porque he volado más alto que vosotras. Venid conmigo, yo os ayudaré, y vereis que vuestras alas también se pondrán azules.

—Nó, nó, exclamaban las otras, tú no eres águila y nosotras estamos bien así. Vete tu sola. Nosotras no te admitimos. Vete a otra otra parte, pájaro raro.

—Pero mirad, ¿no es más bello mi plumaje que el vuestro?

—Tal vez. Pero no es de águila. No es como el nuestro color de roca. Vete. Vete.

Y he aquí que entonces el Aguila Azul desesperada voló a una cumbre cercana y comensó a sacarse a picotazos las plumas azules de sus alas para que así sus hermanas no la negaran y poder vivir tranquila entre ellas sin causarles la molestia de ser la excepción.

LIBRO DE OBSERVACIONES

Querido Sebastián, quieres que yo te escriba un libro de máximas y observaciones para entrar en la vida

¿Con qué objeto?

Piensa que las más grandes máximas son aquellas dudosas, las que admiten discusión porque las que dicen una verdad absoluta serán consideradas como meras vulgaridades.

Dices que tienes miedo a la vida. Eso es irremediable y en ello llevas algo de razón porque la vida, querido Sebastián, es la gran escuela del egoísmo.

Pero a pesar de esto no es una enemiga tan formidable como para temerla.

Sométela a tí. Amánsala como a un potro salvaje. Exígele que te haga feliz.

Tuércele el cuello a tu mal destino y señálale tú el camino que quieres seguir. Por otra parte no creas nunca en el Destino.

Me dices que te hable del amor. Mejor es que tomes mis escritos y busques tú mismo.

Toma de ellos lo que quieras y lo que no te guste deséchalo.

—Me gusta lo que dice en uno de vuestros dramas aquel personaje triste y orgulloso:

Si quieres humillar a una mujer exígele que piense o que razone sobre algo.

—Si ello te gusta anótalo, querido Sebastián, pero piensa que hay mujeres que son una excepción y que yo las dejo fuera de mis palabras que son contra la mayoría de ellas.

A estas excepciones témelas mucho.

—En otra parte decís:

Las mujeres no conocen la razón, pero poseen en cambio la intuición que suple a la razón y a veces la supera.

Y en otra parte decís:

El espíritu bajo el influjo de una gran pasión

no razona nunca. Salta por encima de todo como un caballo ciego. Cuando en una alma entra la razón sale el amor.

Y en otra parte:

La mujer miente porque el hombre con sus dudas la hace mentir y a pesar de tanto y de tan bien que miente ¡cuán fácil es de engañar!

Y, en otra parte:

No creáis en los amantes que hablan mucho. Esos saben que su amor no resiste al silencio porque el silencio es análisis.

Y en otra:

La duda nunca ha muerto un amor. El amor crece con la duda y si muere estad seguros que muere en brazos de la certidumbre, bien sea afirmativa o negativa.

Recuerdo aquel muchacho medio loco de una de vuestras obras que hablando de los amantes dice:

Todo amante inclina la cabeza lleno de cansancio y siente gravitar sobre ella una enorme peso. Este peso tiene dos nombres: o yugo o cuerno. El yugo esclaviza y sin embargo el hombre lo prefiere, el cuerno liberta, liberta en el amor a los hombres como en las cacerías

da la orden de libertad para los perros y sin embargo el hombre le teme.

Decididamente el hombre es un asno de noria.

—Esas son frases, Sebastián, de un muchacho loco.

—Recuerdo en otra parte aquel vejete que dice:

Tu mejor o peor comportamiento con las damas en un salón depende, muy principalmente de tu sastre.

Y aquella frase del muchacho rebelde:

Hay personas que creen en la otra vida por el anhelo de reivindicarse.

LA SEMENTERA ARDIENDO

En medio de la obscuridad de la noche se veía arder la sementera.

Las columnas de humo que se levantaban del suelo semejaban una selva de grandes árboles impenetrables.

El viejo labrador, dueño de aquella sementera contemplaba su destrucción con la cabeza inclinada y con los ojos llenos de dolor.

Me acerqué a él para consolarlo y exclamó trágicamente:

—Cómo quiere que no llore, patrón, si este es el pan de mis hijos destruídos por el fuego.

—Piense, amigo, le dije, que sus tierras

quedarán abonadas por la ceniza y mañana le rendirán el doble.

—Y durante todo el tiempo que falta hasta la próxima cosecha ¿qué van a comer mis hijos?

Me quedé mudo contemplando aquella inmensa hoguera que ganaba terreno a cada soplo del viento y que iba quemando el corazón del pobre viejo.

¡Cuanto pan destruído y hecho cenizas!

Y el anciano labrador lleno de tristeza añadió:

—Es preferible tener algo siempre que no tener nada hoy y mucho mañana.

SALMO A LA MADRE

Bendita seas, Madre, porque tus ojos abiertos al infinito están siempre prontos a todas las maravillas.

Bendita seas, porque siempre estás inclinada sobre todos los dolores.

Bendita seas, Madre, porque tu espíritu es una mezcla de música y poesía y tiene la harmoniosa aspereza de los grandes espíritus.

Bendita seas porque tus ojos dominadores con frecuencia se nublan de lágrimas y muchas veces la tristeza ha dormido bajo tus párpados.

Bendita seas porque tienes la mirada clavada en Diós y los brazos tendidos hacia el vacío.

Madre, cuando hablas se abren puertas luminosas en el infinito.

Bendita seas porque tú recorres la vida como una dulce sombra tras de tu espíritu vigoroso.

Madre, ante mis ojos te presentas nimbada por el halo de lo extraordinario.

Y mi espíritu te da las gracias enternecido porque tú le diste todas las llaves imposibles y porque tú le enseñaste a amar la excelsa claridad de los horizontes.

Tú eres casi inmaterial y tu espíritu ondula y resplandece como el fuego, y yo siento en mi interior esta misma ondulación de luz como si se hubiera prolongado hasta mí.

Tu alma está llena de Dios como un cántico sagrado y tus ojos dulcificados ante él han dado a los míos la adoración de todas las bellezas.

Bendita seas, Madre, y que veas crecer a tus hijos y a tus nietos y que te rodeen hasta la cuarta generación y que todos ellos estén bajo tus ojos como a la sombra dulce de la higuera.

CUANDO YO SEA VIEJO

Mi yo de ahora se habrá quedado en el camino y seré otro yo diferente siendo el mismo.

En pocos años se renuevan todas nuestras células. Mañana no quedará en nosotros nada de hoy. Pero entonces ¿por qué hay hombres que siempre piensan y sienten de la misma manera?

Las mismas ideas, los mismos sentimientos, lo mismos amores, las mismas inclinaciones.

Tan igual todo, que podría creerse que las células que se van, enseñaran y advirtieran de todas nuestras cosas a las otras que vienen a ocupar su mismo sitio.

¡Oh estupendo prodigio de la vida!

Cuando yo sea viejo y mi corazón esté fatigado y mis pies débiles para la marcha, cómo llorarán mis ojos al ver llegar la Primavera descansando en brotes de su gran exuberancia.

Con la cabeza blanca inclinada a la tierra, como enseñando cuanto pesa la experiencia y la resignación, yo veré pasar ante mis ojos opacos a los jóvenes ágiles y vigorosos con los corazones enternecidos e inquietos en busca del amor.

Ah! No hay mayor pesar que sentir que la adolescencia se nos va, que se nos escurre entre las manos como el agua entre los dedos.

No hay dolor más imponente que escuchar cada vez más lejos las risas de sol de la juventud.

Cómo sufrirá el corazón cuando vea pasar a las mujeres jóvenes y hermosas y recuerde lleno de remordimiento y de ira sus torpes timideces.

¡Oh el dolor de los amores perdidos y los besos desperdiciados!

¡Cuánto llorará mi corazón al pensar en todas las mujeres hermosas que pudieron ser

mías y no lo fueron, en todos los labios que pude besar y no he besado, en todos los ojos maravillosos en que pude mirarme y no me he mirado, en todas las suaves voces que pude escuchar y no he escuchado!

Entonces pensaré en todos los seres que me hubieran amado y que no me han amado, y que ni siquiera me han conocido.

Y pensaré que mi vida pudo ser mucho más bella y mucho más intensa y que pude haber gustado muchas sensaciones que no he gustado y que pude iluminar muchas vidas que no he iluminado.

Y si hubiera gustado todas las cosas desconocidas por las cuales llora mi corazón, tal vez ahora lloraría por éstas que he conocido y han sido mías y que entonces no hubiera conocido.

¿Por qué torcí mi camino aquella tarde?

¿Por qué aquel día me bajé del tren en esa estación?

¿Por qué no seguí? ¿Por qué no seguí?

¡Oh, el largo dolor desesperante de todo lo que no ha sido mío y pudo serlo!

¡Oh, la enorme tristeza de los momentos en

que estuve a punto de realizar un designio y no lo realicé!

¡Instantes supremos que resbalaron al misterio y que nunca más cruzarán mi camino!

Dime, corazón ¿qué sentirás cuando veas pasar ante tí a las mujeres que te amaron y a las que tú amaste?

¿Sentirás revivir en las venas tu pasado y acaso tus ojos recobrarán el brillo suave de la adolescencia?

Cuánto te ensombrecerá la alegría luminosa de los otros, de los que ocupan el lugar que tú has dejado, de los que sienten el amor exuberante que tú has sentido, de los que lloran el dolor que tú has llorado, de los que sufren la grata inquietud que tú has sufrido, de los que gozan el temblor que tú has gozado.

Nada le importará al mundo tu dolor ante la inercia absoluta que se acerca.

La vida es igual, siempre igual como la faz de los ríos cuyas ondas se alejan y se van hasta sumirse en el mar, pero siempre ante la vista las ondas que pasan por el mismo sitio son iguales, hacen la misma faz.

Cuando yo sea viejo, te juro, corazón, no

me avergonzaré de tus bellas audacias, ni de tus dulces locuras ni de la suave miel de tus amores de la adolescencia.

Entonces cuando me mire al espejo no veré mi rostro de hoy.

El fuego de mis ojos y el sensualismo de mis labios habrán muerto.

La huella de una vaga inquietud se verá en mi rostro y mis ojos dirán que no han encontrado lo que tanto anheló mi juventud.

Mi yo de ahora se habrá quedado en el camino y seré otro yo diferente siendo el mismo.

EL PRIMER HOMBRE QUE VIÓ LA MUERTE

Piensa, oh corazón, en el primer hombre que constató el hecho de la muerte.

¿Qué sentiría el primer hombre que se dió cnenta exacta de que la muerte era obligatoria para todos los hombres?

¿Sentiría dolor o sentiría pánico?

Seguramente ya los hombres habían constatado la muerte, al ver que otros se quedaban inertes, mudos, inmóviles y como en un largo sueño en el que sus cuerpos se corrompían. Pero estos hombres no habían pensado que ellos también tenían que morir.

¡Qué desolación tan infinita y llena de terror sentiría en su alma el primer hombre que vió alzarse clara en su cerebro la convicción del fin obligatorio!

¿O acaso sentiría una triste resignación?

El primer hombre que vió morirse a otro logicamente creyó que se había dormido y tal vez cuando lo quiso despertar creyó que se hacía aun el que dormía.

Mas cuando notó que la broma se prolongaba demasiado es seguro que sufrió un horrible desconcierto.

Y aquel hombre, sin duda alguna, volvió todos los días lleno de temerosa curiosidad y de sigilo, a observar el cuerpo de su hermano tendido en la tierra e inmóvil por completo.

¡Cómo espiaría el menor movimiento del cadáver, la más mínima insinuación de un gesto!

Hasta que al fin la esperanza murió mutilada por el olvido.

Y después vino aquel hombre, enorme genio de su tiempo, cuyo nombre nadie sabe, y pensó: todos hemos de morir.

Tal vez el miedo que ese hombre sintió a la muerte, y el misterio impenetrable y obscuro

que vió más allá de la vida, fueron los factores que crearon a Dios y al otro mundo.

Ese hombre inventó a Dios. Su miedo lleno de obscuridades creo el mundo de ultratumba.

¿Cómo quereis entonces, oh filósofos de hoy, que el hombre no ame a Dios si Dios fué su primer consuelo en su mayor dolor?

El miedo lleno de melancolía de aquel hombre ante la muerte sigue vibrando aun en todos los hombres como una onda eléctrica que se prolonga en el tiempo.

Es un miedo absurdo, ilógico y sin embargo cada vez que pensamos que hemos de dejar la vida, este conjunto de pequeños acontecimientos, esto tan agradable que es la vida, cómo llora nuestro desesperanzado corazon.

Temblamos desesperadamente ante la idea de sentirnos muertos.

¡Pero si no nos sentiremos!

Temblamos desesperadamente ante el misterio en que vamos a estar.

¡Pero si no estaremos!

Todo nuestro sufrimiento depende de que prolongamos nuestro *yo* mas allá de la vida.

Como veis todo nuestro sufrimiento nace de una absoluta falta de lógica.

¿Por qué tener miedo y sufrir ante el mas allá cuando la no existencia de la muerte es igual a la no existencia de antes de nacer?

Y por el no ser de antes de venir al mundo ya hemos *pasado.*

Estuvimos en la nada y no nos dimos cuenta. Es decir, no estuvimos.

Así no nos daremos cuenta cuando volvamos a la nada.

Por lo tanto es absurdo sufrir con la idea de no ser, puesto que entonces no sentiremos, ni sufriremos. No seremos.

Además nuestra propia vida ¿no es una continua sucesión de muertes?

Cada instante que se va, cada momento que pasa con todos los sentimientos y hechos que lo acompañan ¿nó es acaso ùna verdadera muerte?

Y ni siquiera nos damos cuenta.

En cada uno de esos momentos morimos. Nos vamos con ellos. Ninguno de ellos puede repetirse igual. Es como una serie de cuadros originales y únicos que se caen y se rompen.

Es una larga sucesión de muertes.

¿Pero para qué raciocinas tanto, corazón, si mientras más te engolfas en la idea de la muerte, más te siento llorar a la vida que se te escapa?

¿Tratas, acaso de engañarte a tí mismo como un niño que va a palpar las sombras para deshacerlas?



ADVERTENCIA

Este libro, a excepción de «El Patio de los Niños» fué escrito en el tiempo que corre entre Noviembre de mil novecientos trece y Marzo de mil novecientos catorce.

Desde entonces lo conocen casi todos mis amigos.

EL AUTOR.

ÍNDICE

PÁGS.

Las Pagodas Ocultas

La Amada reflejándose en el agua

El paseo de los amigos

El patio de los niños

El libro de la Noche

El sendero de seda





